
Cresta negra
Y las olas del destino
Valeriam Emar

CRESTA NEGRA

Y las olas del destino

Valeriam Émar

Título: Cresta Negra y las olas del destino

Serie: Atrevidas y encantadoras

Copyright © 2024 Valeriam Émar

Primera edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

SEGUIR EL LINK DE ABAJO PARA CONOCER MÁS OBRAS DE LA AUTORA

https://amzn.to/302RCnv

INDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Londres, 1823…

EL CARRUAJE avanzaba a toda prisa por el camino empedrado que se dirigía al puerto. Lady Anabella Sinclair, conocida por todos como Bella, se aferraba con fuerza al asiento, su corazón palpitando al ritmo frenético de los cascos de los caballos. A su lado, sus dos amigas más queridas, lady Lidia y lady Fiona, la acompañaban en su última oportunidad para huir de una boda forzada. Su prometido, lord Borbury, la triplicaba en edad y era conocido por ser un hombre cruel. Él se había aprovechado de la bancarrota de su padre para chantajearlo; lo libraría de sus deudas si ella se casaba con él.

—No te preocupes, Bella —dijo lady Fiona, quien llevaba las riendas con destreza—. El Justiciero nos ha indicado el barco en el que debes subirte. Pronto estarás a salvo y no tendrás que casarte con nadie con quien no quieras.

El Justiciero era una figura envuelta en misterio, un héroe en las sombras que se dedicaba a ayudar a mujeres en peligro. Fiona había logrado contactar con él y obtener su ayuda para este desesperado plan de fuga. Bella debía subirse a un barco que la llevaría lejos de lord Borbury. Se iría a América donde un grupo de mujeres refugiadas la estaría esperando.

—Pero debemos apresurarnos, el barco zarpará dentro de poco —añadió lady Lidia, asomándose por la ventana trasera del carruaje—. Creo que estamos siendo seguidas.

Bella sintió un nudo de pánico en su estómago. Si los hombres de lord Borbury las alcanzaban, todo estaría perdido. Su prometido había puesto a su gente para que la vigilaran, luego de haber intentado huir con anterioridad. No podía permitir que la atraparan, no cuando su libertad estaba tan cerca. Se inclinó hacia Fiona y preguntó:

—¿Cuánto falta para llegar al puerto?

—No mucho, Bella. Mantén la calma —respondió lady Fiona

Lidia volvió a su asiento con el rostro pálido.

—Hay dos jinetes detrás de nosotros. No están tan cerca, pero debemos darnos prisa.

Lady Fiona chasqueó la lengua y azotó las riendas para aumentar la velocidad de los caballos.

—No permitiremos que lord Borbury se salga con la suya —la tranquilizó lady Fiona.

—Tengo una idea —dijo lady Lidia, dando un sobresalto cuando pasaron por un bache—. Fiona y yo usaremos capas idénticas —propuso—. Cuando lleguemos al puerto, nos separaremos y los confundiremos.

Fiona asintió, concentrada en mantener el carruaje en movimiento.

—No sé qué hubiera hecho sin ustedes —murmuró Bella con los ojos llorosos.

Lady Lidia le sujetó una mano entre las suyas.

—Solo debes prometernos que tratarás de ser una mujer libre y feliz en América.

—¿Y si ir a América no es la mejor idea? —cuestionó Bella, aterrada.

Lady Fiona la miró de soslayo.

—¡No digas eso, Bella! Debes confiar en el Justiciero. Él no te pondría en peligro.

El carruaje tomó una curva cerrada y Bella vio por primera vez el puerto a lo lejos. Las siluetas de los barcos ya eran visibles y una luz de esperanza se encendió en ella. Respiró hondo para tranquilizarse.

—¡Allí está! —exclamó Fiona, señalando un gran barco mercante con las velas preparadas para zarpar.

El carruaje se detuvo bruscamente en el muelle, y las tres mujeres descendieron rápidamente envueltas en capas oscuras.

—No sé cómo agradecerles —murmuró Bella angustiada.

—Vete, Bella. Encuentra la felicidad que mereces —dijo Lidia, dándole un fuerte abrazo.

—Y mantente a salvo —añadió Fiona, sonriendo a pesar de la preocupación en sus ojos.

Luego Lidia y Fiona se apartaron y caminaron en direcciones opuestas para desorientar a los perseguidores. Bella, con el corazón en la garganta, se escabulló hacia el muelle.

El bullicio de los trabajadores y los marineros era ensordecedor. Las linternas parpadeaban a lo largo del muelle, proyectando sombras inquietantes sobre el agua oscura. Bella mantuvo todo el tiempo la cabeza baja, evitando el contacto visual con los hombres que la rodeaban. En medio de la confusión y la prisa, sus ojos se detuvieron en un barco que parecía estar preparándose para zarpar. Creyó que esa era la embarcación que el Justiciero le había dicho que subiera. La embarcación que la llevaría a su nueva vida en América. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia él.

Bella vio unas cajas que la tripulación estaba cargando y tuvo una idea. Abrió una de ellas rápidamente, quitó una bolsa de patatas y se metió dentro. Trató de hacerse lo más pequeña posible y cerró la cubierta con cuidado. A los pocos minutos, sintió que unos hombres levantaban la caja para llevarla a la embarcación.

—¡Lleven la carga a la bodega, junto a los demás alimentos! —oyó que gritaban.

Los hombres que la cargaban se estaban quejando de lo pesada que estaba la caja. Bella respiró aliviada cuando sintió que la dejaron sobre el suelo.

—¿Qué hacen en la bodega todavía? —les reclamó una voz gruesa—. Los necesitamos en la cubierta, ¡Ave Nocturna está zarpando!

Escuchó a los hombres alejarse corriendo. ¿Acaso habían dicho Ave Nocturna? Estaba segura de que el nombre de la embarcación que ella debía tomar no era ese. De hecho, el Ave Nocturna era famoso por pertenecer a un pirata que era difícil de atrapar: Cresta Negra. Solía leer sobre sus hazañas en el periódico. Pero probablemente había oído mal el nombre. ¿Qué haría un hombre como Cresta Negra en Londres?

Bella abrió los ojos de par en par. Buen Dios, si ella se había equivocado de barco, ¿a

dónde se estaba dirigiendo?

CAPÍTULO 1

EN SU DESESPERACIÓN para que los hombres de lord Borbury no la atraparan, no se dio cuenta de que había subido al barco equivocado. Bella abrió la caja donde se había metido y salió con cuidado. Se había quedado dormida y no sabía cuánto tiempo había pasado. Sus esperanzas de haber oído mal el nombre de la embarcación se fue a la basura cuando en una de las paredes colgaba una pintura de un navío con el nombre *Ave Nocturna*. Sintió un nudo en el estómago y se llevó las manos a la boca para contener las náuseas.

Las olas del mar golpeaban rítmicamente el casco del barco, un sonido que, en cualquier otra circunstancia, habría sido casi reconfortante. Pero ahora, cada golpe parecía un recordatorio del buen lío en que se encontraba. Bella se hallaba escondida en la bodega del Ave Nocturna, un barco que pertenecía al infame pirata conocido como Cresta Negra. Había esperado encontrar el refugio seguro prometido por el Justiciero, pero en cambio, había subido a bordo de una embarcación temida en todos los mares.

¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo diantre saldría de allí si estaba rodeada de agua?

En lo alto de la pared había una pequeña ventana rectangular. Se trepó sobre unos barriles para alcanzarla. Los primeros rayos del sol que comenzaban a despuntar en el horizonte la encandiló. Se apartó de la ventana de golpe cuando observó a unos hombres trabajando en la cubierta. Oculta entre cajas de suministros y barriles de ron, Bella trataba de calmar su respiración. El aire estaba impregnado del aroma a sal y madera envejecida. Se sentó en el suelo frío, abrazando sus rodillas mientras su mente viajaba a su hogar. Antes de que su padre se endeudara con lord Borbury, en su casa abundaban las risas y la alegría.

Pensaba en su familia, especialmente en sus siete hermanos menores. Como la mayor, siempre había sentido una responsabilidad enorme hacia ellos. Esperaba que su huida no se convirtiera en un peso para ellos. La imagen de su padre encerrado en su despacho, abatido por las deudas, y la cruel figura de lord Borbury, su prometido, la asaltaban una y otra vez. ¿Qué les haría lord Borbury a su familia ahora que no habría boda? El temor de que sus seres queridos sufrieran represalias por lo que había hecho la aterraba. Se sentía culpable por haber decepcionado a su padre, pero ella no podía casarse con ese hombre desagradable.

Un crujido la hizo sobresaltarse. Contuvo la respiración, escuchando atentamente. Los pasos se acercaban, y Bella se encogió aún más en su escondite. No podía dejar que la descubrieran. No sabía qué suerte le depararía si los hombres de Cresta Negra la encontraban, pero cualquier cosa era mejor que regresar a los brazos de lord Borbury.

Los pasos se detuvieron cerca de su escondite, y Bella rezó en silencio. Unos segundos que parecieron eternos transcurrieron antes de que los pasos continuaran su camino. Suspiró aliviada, aunque sabía que esa paz momentánea no duraría para siempre.

Mientras el barco avanzaba, Bella comenzó a trazar un plan. Tenía que encontrar una manera de mantenerse oculta hasta que pudiera pensar en su próximo movimiento. Cada día a bordo de ese barco sería una lucha por la supervivencia. Ante todo, debía descubrir cuál era el destino de la embarcación. Su plan era bajarse en el primer puerto en que anclaran. El único

problema era que no contaba con el suficiente dinero para abastecerse. Solo había logrado llevarse algunas cosas de valor en su huida.

A medida que la noche caía, el miedo a lo desconocido la abrumaba, pero no podía permitirse el lujo de rendirse. Recordó las palabras de aliento de Fiona y Lidia, y de todo lo que hicieron para ayudarla a escapar. Ahora era una mujer libre, y se aferró a esa idea para juntar coraje.

Bella se acurrucó en un rincón de la bodega, abrazando sus rodillas y respirando con cuidado para no hacer ruido. Sabía que tenía que mantenerse fuera de la vista de la tripulación si quería sobrevivir. Cada sonido en el barco, cada crujido y cada paso la ponía en alerta máxima.

Mientras intentaba calmar sus pensamientos, empezó a revisar las pocas cosas que había logrado llevar consigo: algunas joyas de su madre, un vestido sencillo que había planeado usarlo cuando llegara a América, también sacó un pequeño monedero con unas pocas monedas y una bufanda que Fiona había hecho y se lo había dado como símbolo de esperanza.

Bella suspiró y se permitió descansar, apoyando la cabeza contra una caja. Sabiendo que el amanecer traería nuevos peligros.

CAPÍTULO 2

EL CIELO sobre Londres estaba gris y sombrío, reflejando el estado de ánimo de Alexander Blackwood mientras observaba cómo bajaban el ataúd de su padre a la fría y húmeda tierra. La ceremonia había sido breve, asistida solo por unos pocos conocidos y algunos sirvientes leales. Alexander, conocido en los mares como Cresta Negra, se mantuvo en silencio, su expresión estoica ocultaba la tormenta de emociones que sentía por dentro.

Habían pasado tres años desde la última vez que había visto a su padre, y su último encuentro había terminado en una acalorada discusión. Ahora, el remordimiento se mezclaba con la tristeza mientras se alejaba del cementerio, con una carta arrugada en el bolsillo de su abrigo. Había encontrado la carta por casualidad en la alcoba de su padre, oculta entre sus cosas, y llevaba escrito su nombre. Alexander había estado buscando respuestas acerca de su fallecimiento. Todo había sido repentino y tenía la sospecha de que no había sido por causas naturales.

Derek, su mano derecha y amigo de confianza, lo esperaba cerca de la entrada del cementerio. Los dos se habían conocido en circunstancias difíciles, cuando un mercenario les había robado una valiosa carga de especias. Desde entonces, habían forjado una alianza sólida, basada en la lealtad.

—Debemos irnos, Alexander —dijo Derek en voz baja, usando su verdadero nombre en lugar de su temido alias—. Londres ya no es seguro para ti. Debemos regresar a la India cuanto antes.

Alexander estuvo de acuerdo con la idea de regresar a la India, aunque su mente seguía ocupada con pensamientos de su padre. Sabía que algo andaba mal, y la carta sin leer que tenía oculta en el bolsillo de su chaqueta pesaba en su conciencia. No se atrevía a abrirla, temía de las verdades que podía encontrar. ¿Y si le revelaba que nunca lo había perdonado por haberse marchado tres años atrás?

—Tienes razón, Derek —afirmó entre suspiro—. Partiremos tan pronto como lleguemos al Ave Nocturna.

El puerto de Londres estaba tan bullicioso como siempre y apestado de ratas. Alexander y Derek avanzaron con rapidez entre la multitud, llegando finalmente al muelle donde estaba anclado el Ave Nocturna. Habían ocultado el nombre del barco antes de llegar al puerto de Londres. Cresta Negra era uno de los hombres más buscados, pero Alexander, ahora el nuevo conde de Blackwood, era un respetado lord al que dieron la bienvenida por su regreso. Su familia poseía una gran flota.

Su tripulación se apresuraba a preparar el barco para zarpar, siguiendo las órdenes de Derek. Alexander subió a bordo y se dirigió directamente a su camarote. Necesitaba un momento de soledad para procesar todo lo que había sucedido. Sacó la carta de su bolsillo, sus dedos temblaban ligeramente al contemplarla. Su padre había querido que acabara con Cresta Negra,

argumentando que ya no necesitaban esa máscara. La gran fortuna familiar se había levantado gracias a este pirata. El linaje de los condes de Blackwood había heredado esa fachada.

Su padre había querido acabar con Cresta Negra, pero cuando Alexander se enteró de su secreto, decidió ocupar su lugar. Llevaba en la sangre ser un pirata y lo disfrutaba mucho más que ser un conde. Las palabras de su padre podían esperar. Guardó la carta cuidadosamente en un cajón de su escritorio, asegurándose de que estuviera bien protegida.

Él se quitó el pañuelo del cuello y su levita, tratando de deshacerse del rastro del conde. Su mente estaba llena de preguntas: ¿Y si alguien había descubierto la identidad de Cresta Negra? ¿Y si su padre había sido asesinado por uno de sus enemigos? ¿Era posible que el baronet Terkebean hubiera regresado? El baronet era un mercenario que, cuando su padre era el Cresta Negra, se había encargado de hundir sus embarcaciones. Alexander se había cruzado una vez con Terkebean, y antes de hundir su embarcación, se había quedado con sus especias. Había escuchado que el baronet se había ocultado en los últimos meses, después de que se corriera el rumor de que comerciaba con esclavos. Si eso era cierto, el baronet era un hombre despreciable.

Derek entró en el camarote sin tocar, como solía hacer siempre.

—¿Está todo bien, capitán? —preguntó, notando su expresión sombría.

—No, Derek, no lo está —respondió Alexander, desabotonándose los puños de la camisa —. No me puedo quitar la sensación de que mi padre fue asesinado, pero tenemos que seguir adelante. Necesito respuestas y la India parece ser el lugar donde encontrarlas. He oído que el baronet Terkebean se encuentra refugiado en la India.

—¿Crees que el baronet Terkebean ha asesinado a tu padre?

Alexander se arremangó las mangas de la camisa hasta los codos.

—Si el baronet descubrió la identidad de mi padre, posiblemente él lo haya hecho.

—¿Y no cabe la posibilidad de que haya sido una muerte natural?

—Eso se está investigando, mientras tanto no puedo quitar esa posibilidad.

Derek asintió y le dio una palmada en el hombro.

—Nos prepararemos para zarpar inmediatamente.

A medida que el Ave Nocturna se alejaba del puerto de Londres, Alexander se quedó en la cubierta, mirando cómo la ciudad se desvanecía en la distancia. Sentía una mezcla de tristeza y alivio. Su padre había dejado muchos secretos, y él tenía la misión de desenterrarlos. Sin embargo, aún no se sentía preparado para enfrentar las palabras de la carta que su padre le había escrito. Tal vez sentía miedo de descubrir lo decepcionado que su padre estaba de él. Hubiera deseado no haber discutido con él la última vez que se vieron y haberle dicho cuánto lo quería.

Lamentablemente, no podía volver atrás en el tiempo. Pero sí podía hacer justicia si descubría que su padre había sido asesinado.

El momento de leer su carta llegaría, pero por ahora, debía concentrarse en mantenerse a salvo y en descubrir la verdad acerca de la muerte de su padre. Alexander sabía que no podría hacerlo solo. Sin embargo, estaba seguro de que con la ayuda de su tripulación y la fortaleza de Ave Nocturna lo lograría. Se preparó para el viaje que los llevaría de regreso a la India y,

posiblemente, a las respuestas que tanto buscaba.

CAPÍTULO 3

LADY ANABELLA llevaba días escondida en la bodega del Ave Nocturna. El espacio oscuro y húmedo había comenzado a convertirse en su prisión. El miedo constante de ser descubierta la mantenía alerta, y cada crujido del barco la hacía estremecerse. Agachada detrás de barriles de ron, escuchaba el bullicio de la tripulación arriba. Había tratado de administrar el bollo de pan y el trozo de queso que había cargado en su bolso cuando escapó. Pero sus reservas habían acabado. El hambre y la sed se había vuelto insoportables, obligándola a salir de su escondite en busca de agua y algo de comida.

Esperó a que el barco estuviera en silencio, suponiendo que la tripulación estaría ocupada en cubierta. Subió las escaleras silenciosamente y se deslizó hacia la cocina. Encontró una jarra de agua y un poco de pan duro. Se llevó un trozo del bollo a la boca y lo masticó con desesperación. Y creyó que era la comida más deliciosa que había comido en toda su vida. Mientras llenaba un cuenco con agua, oyó un ruido detrás de ella.

—¿Qué demonios...? —exclamó un miembro de la tripulación, con los ojos abiertos como platos al ver a Bella.

Antes de que ella pudiera reaccionar, varios hombres entraron en la cocina, atraídos por los gritos. La sorpresa inicial rápidamente se convirtió en alaridos y acusaciones.

—¡Es una polizonte! —gritó uno.

—¡Láncenla por la borda! —dijo otro, con una sonrisa maliciosa.

Bella se sintió paralizada por el miedo. Los hombres se acercaron, sus rostros se veían duros y crueles bajo la luz parpadeante de las lámparas. Trató de retroceder, pero no había escapatoria, había sido rodeada por todos ellos.

—¡Qué es todo este griterío! —una voz autoritaria se alzó sobre el tumulto—. ¿Qué es lo que está pasando aquí? —preguntó sin entender lo que estaba sucediendo.

—Hemos encontrado a una polizonte, Derek —respondió uno de los piratas—. Estaba robando comida.

—¡Solo he tomado un trozo de pan duro! —se defendió ella.

Derek miró a Bella con ojos calculadores. Anabella dedujo que debía ser la mano derecha del capitán, por el modo en que la tripulación lo respetaba. El hombre era corpulento, y el lado izquierdo de su rostro estaba marcado por cicatrices de quemaduras. Su expresión era tan severa que Bella no dudaba que sería capaz de arrojarla por la borda sin pensarlo dos veces.

—Traigan al capitán Cresta Negra —ordenó Derek—. Él decidirá qué hacer con ella.

Los piratas asintieron y uno de ellos salió corriendo a buscar al capitán. Mientras tanto, los otros hombres la mantenían acorralada, mirándola con desconfianza.

Poco después, Cresta Negra, entró en la cocina con su presencia imponente. Su mirada fría y analítica recorrió a Bella de pies a cabeza.

—¿Quién eres y qué haces en mi barco? —preguntó con una voz que no admitía vacilaciones.

El temido capitán Cresta Negra, se movía con la elegancia de un guerrero experimentado que imponía respeto entre su tripulación. Su figura alta y atlética se acentuaba con un chaquetón de cuero negro, desgastado por el sol y la sal. Debajo del chaquetón, llevaba una camisa de lino blanco, ligeramente desabotonada en el cuello, lo que le daba un aire despreocupado y rebelde. Sus pantalones eran de un tono oscuro, estaban ceñidos con un cinturón de cuero del cual colgaban diversas herramientas y una espada de empuñadura ornamentada. Las botas altas de cuero negro le llegaban hasta la rodilla. Alrededor del cuello, llevaba un colgante de plata con un colmillo de tiburón y sus dedos estaban adornados con varios anillos.

Bella levantó la barbilla, intentando mantener la compostura y eso era una misión difícil cuando tenía todas las miradas sobre ella.

—Soy lady Anabella Sinclair —se presentó, bajando la capucha de su capa y dejando al descubierto su cabello pelirrojo—. Me subí a su barco por error. Unas personas iban a ayudarme a escapar de un matrimonio arreglado. Supuse que este era el barco que me llevaría hasta América.

La tripulación estalló en risas burlonas, pero el capitán levantó una mano para silenciarlos. Sus ojos se entrecerraron mientras evaluaba la situación.

—Láncenla por la borda —sentenció finalmente el capitán, con voz implacable—. Tal vez aprenda a no meterse en barcos que no le pertenecen.

Lady Anabella abrió los ojos en par en par.

—¿Qué? ¿Por qué? —gimió—. ¡He dicho que ha sido un error!

El pánico invadió a Bella mientras la tripulación la agarraban y la llevaban a la cubierta. La rodearon, levantándola sobre el borde del barco. El rugido del mar y el viento en sus oídos la aterrorizaron. Intentó luchar, pero sus esfuerzos fueron inútiles contra la fuerza de los piratas.

—¡Esperen! —gritó una vez más Cresta Negra, su voz resonando por encima del alboroto —. No la arrojen de verdad. No todavía…

Los piratas se rieron, bajando a Bella al suelo. Aunque estaba aliviada de no haber sido lanzada al agua, ella se sentía humillada y asustada. Se arrodilló en la cubierta, tratando de recuperar el aliento mientras la tripulación la miraba con desprecio.

El capitán se acercó a ella, mirándola fijamente.

—Será mejor que piense bien en la respuesta que me dará, lady Anabella —le advirtió—. ¿Por qué debería permitirle quedarse en mi barco?

Bella, todavía temblando, levantó la mirada hacia él. Los rayos de sol destellaron en los mechones dorado de su cabello y sus ojos grises resplandecieron. Una barba castaña de pocos días rodeaba su mandíbula. De pronto, sintió como su pulso se aceleraba. Sus facciones eran aristocráticas, pero no debía olvidarse que era un ruin pirata.

—Por qué no tengo a dónde ir. Si me devuelven a Londres, me enfrentaré a un destino peor que la muerte —respondió—. Peor a que ser lanzada a los tiburones.

El capitán la estudió con sus astutos ojos grises por un momento antes de hablar.

—Muy bien, milady. Si le permito quedarse, deberá ganarse su lugar aquí. Será tratada como una más de la tripulación. No recibirá ningún trato especial por ser una dama —él miró a su tripulación y agregó—: Que nadie la trate con indulgencia. Ella es una más de la tripulación ahora.

Bella sintió una mezcla de alivio y temor. Agradecía la oportunidad de permanecer a bordo y, al menos por ahora, escapar de lord Borbury. Sabía que su vida en el Ave Nocturna no sería fácil, pero era mejor que el destino que había dejado atrás.

—Gracias, capitán —dijo Bella, esforzándose para que no se notara el tembleque de su voz —. Haré lo que sea necesario para ganarme mi lugar aquí.

Los piratas la miraron llenos de curiosidad de cómo ella se desenvolvería en su nueva vida. Derek, el corpulento segundo al mando, se acercó a ella con su expresión severa.

—Espero que entienda en lo que se ha metido, milady —dijo—. Aquí trabajamos duro, y no toleramos la pereza.

Lady Anabella enderezó los hombros y le sostuvo la mirada para no dejarse intimidar por aquel grandote hombre.

—Lo entiendo. Estoy lista para trabajar.

El capitán la observó por un momento y creyó haber visto una pequeña sonrisa dibujada en sus labios.

—Derek, encárgate de asignarle las tareas —le pidió Cresta Negra—. Asegúrate de que entienda nuestras reglas y sepa lo que se espera de ella.

Derek asintió con la cabeza y se volvió hacia Bella.

—Sígueme. Le mostraré sus responsabilidades.

CAPÍTULO 4

DESPUÉS del tumultuoso encuentro con la tripulación y de que Derek se encargara de enseñarle algunas de las tareas que debía hacer, el capitán condujo a lady Anabella a través de los estrechos pasillos del Ave Nocturna. El barco tenía un aire de desorden y peligro que hacía temblar a Bella. Se hizo a un lado para esquivar una botella partida. Cada rincón parecía ocultar una amenaza. Ella se aferró a su bolsa, que contenía apenas las escuetas pertenencias que había logrado rescatar antes de huir de su hogar.

Cresta Negra se detuvo frente a una puerta cerca de su propio camarote.

—Será mejor que se instale aquí —dijo, abriendo la puerta para revelar un pequeño camarote que evidentemente había sido improvisado como un área de almacenamiento para artículos de limpieza.

Dentro del compartimiento había una cama sencilla que había sido armada con varias mantas y cojines. Aunque el camarote fuera modesto, le ofrecía un refugio que Bella agradeció inmediatamente. Ser la única mujer a bordo del barco la convertía en un blanco fácil para la tripulación, y tener un espacio seguro cerca del capitán le brindaba cierta tranquilidad.

Ella lo miró fijamente por un momento. Después de haber leído relatos en los periódicos sobre Cresta Negra, lo había imaginado como un hombre mayor y horripilante: sin dientes, panzón y con la falta de un ojo. Y no a un excéntrico y apuesto pirata.

—Gracias, capitán —respondió Bella—. ¿Usted es el famoso pir...? —se interrumpió antes de que la curiosidad la metiera en más problemas.

Él levantó una sugerente ceja.

—¿El famoso pirata? —completó él.

—¿Lo es?

El capitán acortó la distancia que había entre los dos y la miró a los ojos.

—¿Y usted que cree, milady?

—Pensaba que Cresta Negra ya sería un anciano. ¿Es posible que haya encontrado el agua de la eterna juventud en alguno de sus viajes? —mencionó Bella.

Él soltó una risa breve y luego volvió a su expresión seria automáticamente.

—Ese es uno de mis grandes secretos, milady —respondió en un tono misterioso—. Y si todavía no la he arrojado al agua, no es por compasión, sino para mantener la disciplina en mi barco. Aquí, todo el mundo trabaja, incluyéndola a usted. Desde ahora, será responsable de la limpieza del barco.

Bella asintió con la cabeza, aceptando su nueva realidad.

—Haré lo que sea necesario. No quiero causar problemas —repuso—. Solo deseo estar lo más lejos posible de Londres.

Cresta Negra la observó por un momento, evaluando su sinceridad, antes de girarse hacia la puerta.

—Descanse. Mañana comenzará su trabajo y tendrá una jornada larga.

Una vez que el capitán se hubiera ido, Bella se sentó en la cama improvisada, dejando escapar un largo suspiro. La adrenalina del día comenzaba a desvanecerse, dejándola agotada. Aunque el camarote era pequeño y sencillo, le ofrecía una seguridad que necesitaba desesperadamente. Mientras miraba a su alrededor, tomó un momento para procesar todo lo que había sucedido. Había escapado de un destino terrible en Londres solo para encontrarse en una situación igualmente peligrosa en alta mar. Pero, al menos por ahora, estaba a salvo.

Esa noche, apenas había podido dormir. Los ruidos del barco y los murmullos de la tripulación la mantenían en un estado de alerta constante. Sus pensamientos volvían una y otra vez a su familia. Se preguntaba cómo estarían y si lord Borbury ya habría tomado represalias contra ellos.

Con la primera luz del amanecer, Bella se levantó de la cama. Sabía que tenía que adaptarse rápidamente a su nueva vida a bordo del Ave Nocturna. Decidida a ganarse el respeto de la tripulación, comenzó a organizar los suministros de limpieza, preparándose para enfrentar cualquier tarea que le asignaran. Había escuchado a los hombres de Cresta Negra hablar sobre su destino hacia la India, ese era un lugar desconocido para ella. Sin duda, se había metido en un buen lío.

Más tarde, después de que hubiera comido un bocado de pan, el capitán se presentó en la puerta de su camarote.

—¿Lista para empezar su día de trabajo, milady? —preguntó él, con la voz firme pero no del todo carente de amabilidad.

—Sí, estoy lista —respondió Bella, cubriéndose el cabello rojizo con un pañuelo.

Cresta Negra la guió a través del barco, mostrándole las áreas que necesitaban ser limpiadas y explicándole sus responsabilidades. Le resultaba extraño que fuera el propio capitán quien la estuviera guiando en lugar de haber enviado a uno de sus hombres. Tal vez lo hacía para asegurarse de que no cometería errores.

Mientras recorrían el barco, Bella no pudo evitar notar las miradas curiosas y a veces hostiles de los piratas. Sabía que tendría que esforzarse mucho para ganar su aceptación.

Al terminar algunas de sus tareas, Bella se sintió un poco más confiada. Aunque su situación estaba lejos de ser ideal, estaba decidida a dar lo mejor de sí. Derek, la mano derecha del capitán, no le quitaba los ojos de encima. Parecía estar esperando que cometiera un error para arrojarla por la borda. No era un hombre al que debía tomarse a la ligera.

Sumergió el trapeador en la cubeta, lo estrujó y continuó limpiando. Se detuvo un momento y levantó la vista, encontrándose con la mirada de Cresta Negra, que la observaba desde el timón. Bella siguió con su tarea, consciente de que el capitán la vigilaba de cerca. Sabía que, al menos, tendría una oportunidad de demostrar que podía ser más que una carga.

CAPÍTULO 5

EL CONSTANTE comenzaba a afectarle. Desde que Lady Anabella se había embarcado, la sensación de mareo no la había dejado en paz. Decidió salir a la cubierta en busca de aire fresco. El sol de la mañana brillaba intensamente, y la brisa marina era un alivio bienvenido. Bella se apoyó en la barandilla, respirando profundamente y tratando de calmar su estómago revuelto. Los piratas a su alrededor estaban ocupados con sus tareas diarias, ajustando velas y asegurando cuerdas. Apenas le dirigían la palabra y murmuraban a sus espaldas cuando pasaba cerca.

Hacía días que no hablaba con nadie, y en algunos momentos había olvidado cómo sonaba su propia voz. Extrañaba a sus amigas, pero les había prometido que sería una mujer libre y feliz, y eso era lo que haría, aunque no sería una tarea sencilla. Buscaría la manera de integrarse en la tripulación y dejar de ser vista como un bicho raro. Decidida a ser útil, Bella se acercó a uno de los piratas que estaba luchando con una vela rebelde.

—Déjame ayudarte —se ofreció, intentando sonar más segura de lo que se sentía.

El pirata, un hombre corpulento de mediana edad llamado Tom, con una barba espesa y una sonrisa que solía desarmar a cualquiera, la miró sorprendido pero agradecido.

—Está bien, sujeta esa cuerda mientras yo ajusto el nudo —le indicó.

Parecía algo sencillo. Bella hizo lo que le pidió, pero en su inexperiencia y debido a su mareo, tropezó con una soga suelta y perdió el equilibrio. Intentó agarrarse a algo, pero cayó de bruces sobre un barril de pólvora, derramando su contenido por toda la cubierta.

El caos estalló inmediatamente.

—¡Maldición, mujer! ¿Qué ha hecho? —rugió Jack, un pirata cercano de rostro curtido y expresión exasperada, mientras otros corrían a controlar la situación.

—Yo… no… no quise… —balbuceó.

Abrió grande los ojos. ¡Por lo clavos de Cristo! ¿Qué había hecho? Cayó al suelo otra vez cuando Derek la empujó para levantar el barril de pólvora que había provocado un efecto dominó con los otros. Si pensaba caerle bien a la tripulación, iba por el camino equivocado. Su frustración era tan grande que comenzó a llorar de impotencia. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se levantó para ayudar a arreglar su desastre.

Los piratas comenzaron a gritar órdenes y a tratar de contener el derrame. El pánico se extendió como la pólvora esparcida. Cresta Negra bajó rápidamente desde el timón a controlar el caos. Su expresión era una mezcla de furia y diversión. Tenía la sensación de que él había sido un espectador de su desastre.

—¿Intenta hundir mi barco, milady? —preguntó, su voz resonando por encima del alboroto.

Bella, con el rostro rojo de vergüenza, se apresuró a recoger la pólvora esparcida.

—Lo siento, no fue mi intención… —murmuró—. Solo intentaba ayudar.

Cresta Negra puso los brazos en jarra y entornó los párpados.

—Su tarea en Ave Nocturna en la limpieza, esa es su forma de colaborar.

Ella se inclinó hacia él y susurró:

—Buscaba que su tripulación me odie un poco menos.

El capitán se ladeó más hacia ella y dijo:

—Mi tripulación odia a todo el mundo. Usted encaja perfectamente.

—Mi tripulación odia a todo el mundo. Usted encaja perfectamente.

Lady Anabella resopló, cruzando los brazos.

—¿Por qué no pueden actuar un poco más caballerescamente? —recriminó—. ¡Siento que enloqueceré si no converso con una persona civilizada!

El capitán miró a su tripulación y, con una sonrisa burlona, murmuró:

—Lady Anabella pregunta por qué no pueden ser un poco más caballerescos.

Derek, sin perder un segundo, respondió con una mueca:

—Para eso debió quedarse en Londres, milady.

Los piratas seguían murmurando por lo bajo y lanzando miradas de desaprobación, pero finalmente, uno de ellos, conocido por su sentido del humor, rompió la tensión.

—Bueno, al menos ahora sabemos que no necesitamos fuegos artificiales para la próxima celebración. ¡Tenemos a Lady Anabella a bordo!

La tripulación estalló en carcajadas, y la tensión se disipó. Bella, aunque todavía avergonzada, sonrió tímidamente. La risa y las bromas de los piratas ayudaron a suavizar la situación, aunque ella sabía que necesitaría ser más cuidadosa en el futuro.

El capitán apoyó su mano sobre su brazo y luego la retiró rápidamente.

—Cuando necesite hablar con alguien, puede buscarme, milady —dijo, con un tono que parecía más una orden que una invitación.

—Gracias, capitán, con mis amigas solíamos juntarnos a la hora del té…

Cresta Negra le lanzó una mirada tan severa que ella tuvo que cerrar la boca de inmediato.

—Pero, por supuesto, usted puede disponer la hora que le sea más conveniente —continuó Bella, con una tímida sonrisa.

El capitán se rascó la mandíbula, pensando.

—¿Estoy a tiempo de borrar lo que dije hace un momento? —preguntó, medio en serio, medio en broma.

Bella apretó los labios y enderezó los hombros.

—Un caballero no se retracta de sus palabras, capitán.

Cresta Negra se inclinó hacia ella, con una sonrisa divertida.

—Resulta, milady, que en el Ave Nocturna no hay caballeros, solo piratas.

Ella tragó saliva, intentando ocultar su nerviosismo. ¿Acaso los piratas no tenían reglas de conducta?

—¿Y cómo se debe tratar a un pirata? —preguntó, alzando una ceja con desafío.

—Eh… bueno…

—¿No lo sabe? —insistió Bella.

Cresta Negra adoptó su postura de mando y le hizo un gesto con la mano para que continuara con sus quehaceres.

—Si desea continuar en mi embarcación, milady, mejor haga bien sus tareas. Y quizás, solo quizás, aprenderá algo sobre los piratas durante el proceso.

Bella sonrió, inclinando la cabeza con un toque de sarcasmo.

—En ese caso, capitán, tendré que improvisar. Pero no se preocupe, aprendo rápido.

El capitán la observó por un momento más, con una chispa de admiración en sus ojos, antes de volver a sus deberes.

CAPÍTULO 6

DESDE que lady Anabella había comenzado a trabajar en el Ave Nocturna, su torpeza y falta de experiencia habían provocado más de un incidente. A pesar de sus mejores intenciones, su adaptación a la vida a bordo de un barco pirata estaba siendo más difícil de lo que había imaginado. La tripulación aún no le dirigía la palabra, y Cresta Negra era la persona más escueta que había conocido. Hablar con él era como hablar sola. En ocasiones, incluso, creía que lo incomodaba cuando se le acercaba para intentar una conversación, solo para no olvidar cómo sonaba su propia voz.

Una tarde, mientras buscaba una soga para atar unos barriles en la bodega, Anabella se encontró con un montón de cuerdas enredadas. El espacio estaba oscuro y desordenado, y la luz que entraba apenas era suficiente para distinguir las cuerdas entrelazadas. Decidida a ser útil y a demostrarle a esos piratas que podía manejar tareas simples, tomó un cuchillo y cortó una soga gruesa y tensa, pensando que era una de las cuerdas de repuesto.

En el mismo instante en que la hoja cortó la soga, Anabella sintió una fuerte vibración a través de la cubierta, seguida de un ruido ensordecedor. Al levantar la vista, se dio cuenta de que había cortado la soga principal que sostenía una de las velas mayores. Abrió grande los ojos en un estado de shock. ¡Madre mía! ¿Qué había hecho?

La vela cayó pesadamente sobre la cubierta, arrastrando consigo un mástil y lanzando a varios miembros de la tripulación al suelo. Los piratas comenzaron a gritar y correr en todas direcciones, tratando de evitar ser golpeados por la enorme tela blanca que ahora cubría gran parte del barco.

—¡Por las barbas de Neptuno! ¿Qué demonios ha pasado? —gritó uno de los piratas, mientras otro intentaba desenredarse de la vela caída.

—¡La novata ha cortado la soga equivocada! —la acusó otro, señalando a Anabella con el dedo.

Anabella sintió el calor subir a su rostro. Sin pensar, arrojó el cuchillo a un lado, como si pudiera deshacerse de su error. Sabía que todos los ojos estaban puestos en ella.

Cresta Negra cayó a cubierta rápidamente desde el timón de un salto. Él lucía enfadado. Bella retrocedió para tomar distancia.

—¿Qué has hecho ahora, mujer? —rugió, sus pasos firmes resonaban en la cubierta.

Anabella, con el rostro rojo de vergüenza, levantó las manos en un gesto de disculpa.

—Lo siento mucho, no ha sido mi intención... Pensé que era una cuerda de repuesto —dijo, con su voz temblorosa.

El capitán respiró hondo, tratando de controlar su ira. Miró a su alrededor, viendo el caos que se había desatado. Los piratas trabajaban frenéticamente para deshacer el enredo y levantar el mástil caído.

—Usted es un desastre, milady —dijo finalmente, su tono más controlado, pero aún severo —. Debe aprender a preguntar antes de actuar. Este barco no puede permitirse más errores como este. De lo contrario, ¡Se encargará de hundirnos al fondo del mar!

Los piratas continuaban trabajando para levantar la vela caída, y algunos no pudieron evitar lanzar comentarios sarcásticos. Tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Dudo que lleguemos a la India con esa mujer a bordo —comentó Derek, molesto.

—Confiemos de en buenas intenciones, Derek —la defendió Cresta Negra, resignado.

Ronan, el robusto contramaestre con una cicatriz en la mejilla, se acercó riendo.

—Vamos, Derek, dale un respiro a la muchacha. Todos cometemos errores. Recuerda cuando tú confundiste el ron con el aceite de lámpara.

La tripulación estalló en carcajadas, recordando la anécdota. Derek le lanzó una mirada asesina al pirata.

—¡Eso fue una vez y en tierra firme! —protestó.

Derek sacudió la mano, malhumoradamente, y se retiró.

—Al menos no necesitamos una tormenta para derribar las velas —dijo Tom, arrancando risas de los demás—. Porque llevamos la tormenta en la embarcación.

—Sí, con ella a bordo, tenemos suficientes problemas para mantenernos ocupados —añadió Jack.

Aunque sus comentarios eran tonos en broma, Anabella sintió el peso de su torpeza. Sabía que tendría que trabajar aún más duro para ganarse el respeto de la tripulación. Se esforzó por no llorar delante de ellos porque se vería aún más débil. Cresta Negra debió sentir lástima por ella, porque la hizo a un lado para decir:

—No se preocupe, milady, le pondré a Lengua Cortada para que la ayude a no cometer más errores —farfulló el capitán, mientras le pedía a uno de sus hombres a que lo trajera.

Bella arrugó el entrecejo.

—¿Lengua Cortada? —repitió—. ¿Por qué le dicen Lengua Cortada?

—Porque le cortaron la lengua —contestó Cresta Negra en un tono burlón.

Después de un momento, un hombre que tenía como unos sesenta años y le faltaba toda su dentadura además de su lengua se apareció. El capitán le explicó su tarea a través de señas, luego Cresta Negra llevó su atención hacia ella.

—Él la ayudará con cada duda que tenga, milady.

—¿Cómo haré para entenderlo si no habla? —quiso saber Anabella.

—Ese ya es su problema, milady. No puedo estar en todos los asuntos —respondió el

capitán antes de dejarla sola con su ayudante.

Bella miró a Lengua Cortada y le sonrió, y este le devolvió la sonrisa enseñándole sus encías.

—Le agradezco que haya aceptado ayudarme —dijo ella con gentileza.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Le aseguro que aprendo rápido —sintió la necesidad de aclarar.

El hombrecito volvió a asentir con la cabeza. Bella se preguntó si Lengua Cortada entendía alguna palabra que había dicho. El resto de la tripulación los miró llenos de mofa y tuvo la impresión de que tanto ella como su ayudante eran los bufones de la embarcación.

—¿Saben? —dijo uno de los piratas, riendo—. Entre los dos, harían un buen espectáculo en cualquier taberna.

—¡Claro! Ella habla demasiado y él nada en absoluto —agregó otro, arrancando carcajadas.

Bella respiró hondo, tratando de no dejarse afectar por sus comentarios malintencionados. Más tarde, mientras ayudaba a limpiar el desastre que había causado, y Lengua Cortada a su modo le explicaba cómo debían hacerse las tareas, Bella se había propuesto a no cometer más errores. Debía ser más cuidadosa y aprender rápidamente las normas del barco.

Se había dado cuenta de que su ayudante también era tratado como un bicho raro y eso la enfureció.

—No se preocupe, Lengua Cortada, le demostraremos a estos brabucones de lo que somos capaces de hacer —murmuró ella, arremangándose las mangas del vestido.

Lengua Cortada asintió otra vez meneando la cabeza. Aunque no podía hablar, sus gestos eran elocuentes.

Mientras trabajaban juntos, Bella comenzó a comprender sus señas y gestos. La situación, a pesar de ser incómoda, tenía su lado cómico. Más de una vez, Lengua Cortada tuvo que improvisar con muecas exageradas y movimientos torpes, haciendo reír a Bella a pesar de sí misma.

—Vamos, muchacha —dijo Tom, uno de los piratas con una sonrisa menos burlona—, al menos tienes agallas para intentarlo. Eso es más de lo que muchos pueden decir.

Bella sonrió, sintiendo una chispa de esperanza.

CAPÍTULO 7

LA LUNA se reflejaba en las aguas oscuras del océano mientras el Ave Nocturna surcaba las olas. La calma de la noche contrastaba con el bullicio del día, proporcionando un momento de respiro para Cresta Negra. Decidió cenar en soledad mientras se encargaba del timón. Tomó una crujiente pata de pollo con la mano, recostándose en la silla y apoyando los pies en el timón. Sonrió al recordar a la pelirroja que había traído el caos a su vida: una polizonte que había invadido su barco y su mente.

Lady Anabella era una visión de belleza. Su cabello pelirrojo, suelto y ondulado, brillaba como el fuego bajo el sol, mientras que sus ojos verdes reflejaban tanto vulnerabilidad como astucia. Su piel pálida, casi translúcida, parecía pertenecer a otro mundo; tal vez era una sirena que había emergido para seducirlo. Era alta y poseía un cuerpo voluptuoso, sus curvas se destacaban incluso en los vestidos más ordinarios que usaba.

Cuando Cresta Negra la vio por primera vez, la consideró la mujer más atractiva que había conocido en su vida. Sin embargo, no era solo su apariencia lo que había capturado su atención; era su espíritu indomable.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de Derek. Él se acercó al capitán con una expresión sombría.

—Capitán, tenemos que hablar sobre lady Anabella —dijo, su tono era serio y cargado de preocupación.

Cresta Negra dejó su pollo en el plato y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué ha hecho ella ahora? —preguntó.

—Todavía estamos a salvos de su ineptitud, pero no sé por cuanto tiempo será eso.

Él dibujó una sonrisa en el rostro que la borró inmediatamente ante la severa mirada de Derek. No podía negar que su pequeña polizonte había ocasionado un caos en su tripulación. Pero también debía reconocer que ella estaba haciendo un gran esfuerzo para ser aceptada por sus hombres. Y tenía la sensación de que su tozudez la llevaría a conseguirlo.

Alexander bajó las piernas del timón e hizo una seña a Derek para que lo siguiera. Ambos se dirigieron a un rincón más apartado de la cubierta, donde podrían hablar sin ser oídos por la tripulación.

—Esa mujer es un peligro para todos nosotros —comenzó Derek, sin rodeos—. Desde que está a bordo, no ha hecho más que causar problemas. Hoy casi derrumba el mástil principal y nos cuesta una vela entera. No podemos seguir así.

Cresta Negra frunció el ceño, recordando el caos del día. Lady Anabella había quitado la monotonía de sus viajes. Y eso era mucho para ser un pirata.

—Sé que ha causado problemas, pero hay que tener en cuenta su situación. No tiene experiencia en un barco y está lejos de su hogar —trató de ser imparcial—. Es natural que

cometa errores. ¿Acaso me dirás que no causaste desastres en tu primera embarcación?

Derek sacudió la cabeza, frustrado.

—Capitán, no podemos permitirnos ser sentimentales —refunfuñó—. Este barco es nuestra vida y nuestro sustento. Si sigue así, nos llevará a todos al fondo del mar. Deberíamos deshacernos de ella en nuestra próxima parada. Será lo mejor para todos.

El capitán cruzó los brazos y miró a Derek, confuso por su hostigamiento hacia Lady Anabella. Estaba casi seguro de que Derek hubiera preferido arrojarla por la borda cuando la encontraron en el barco.

—Entiendo tus preocupaciones, Derek. Pero no puedo simplemente abandonarla. La llevamos a bordo, y por lo tanto, somos responsables de su bienestar. Además, ella está huyendo de un matrimonio arreglado y de un hombre que podría hacerle daño si regresa a Londres —dijo —. Somos piratas, pero tampoco desalmados. Una vez que lleguemos a la India, deberá correr por su suerte.

Derek dejó escapar un suspiro exasperado.

—Pero, ¿a qué costo, capitán? La tripulación ya empieza a murmurar. No confían en ella y la ven como una carga.

Cresta Negra reflexionó por un momento antes de responder.

—Le daremos más tiempo. Si después de nuestra próxima parada aún sigue causando problemas, tomaremos una decisión. Pero por ahora, debemos ser pacientes. Ella tiene el potencial de aprender y adaptarse —apenas salieron esas palabras de su boca no comprendió su necesidad de proteger a lady Anabella.

Derek levantó una ceja, esbozando una sonrisa burlona.

—¿Potencial, dices? ¿Estamos viendo la misma torpe dama que derramó la pólvora por toda la cubierta?

El capitán dejó escapar una risa suave.

—Sí, esa misma. Pero incluso los diamantes empiezan como carbón. Démosle una oportunidad.

A Derek no le quedó más remedio que aceptar.

—Muy bien, capitán. Pero mantendré un ojo sobre ella. No podemos permitir más errores.

Después de que Derek se marchara, Alexander se quedó solo en la cubierta, mirando las estrellas. Sabía que Derek tenía razón en muchos aspectos, pero también sentía una responsabilidad hacia Anabella. Había algo en ella, una osadía y una chispa que no podía ignorar.

Mientras el viento soplaba suavemente, Alexander decidió que haría todo lo posible por ayudar a Anabella a adaptarse. No solo por el bienestar de su tripulación, sino también porque sentía que ella merecía una oportunidad. No debía haber sido sencillo para ella abandonar su hogar y la comodidad de Londres.

En una de las charlas que habían tenido, Anabella le había confesado su preocupación de

que su prometido le hubiera hecho daño a su familia por haber huido. Si en ese instante tuviera a Lord Borbury delante de él, Alexander le habría atado las piernas con una cadena y lo habría arrojado al mar con un ancla.

Había pasado tanto tiempo fuera de Londres que apenas recordaba quién era Lord Borbury. Esas personas eran tan cínicas que se creían civilizadas, pero no eran más que bárbaros.

CAPÍTULO 8

EL AMANECER trajo consigo una nueva serie de tareas y desafíos a bordo del Ave Nocturna. Bella estaba limpiando la cubierta con la ayuda de Lengua Cortada, el pirata que se comunicaba a través de señas. Antes de que la tripulación regresara a sus puestos, él le había enseñado a hacer algunos nudos y le había mostrado las secciones de la embarcación que aún no había conocido.

Uno de los hombres de Derek se les acercó y les pidió que limpiaran el suelo donde habían dejado que unos pescados se pudrieran. Aunque sabía que se lo hacían adrede, ella aceptó sin protestar.

—No debemos caer en sus provocaciones, Lengua Cortada —murmuró, mientras arrojaba agua con jabón al piso.

Su ayudante asintió con la cabeza.

—Debemos buscar algún modo de ganarnos la confianza del capitán —expresó, poniendo los brazos en jarra—. ¿Tiene alguna idea de que podemos hacer? —le consultó a su ayudante.

Lengua Cortada negó con la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Por supuesto que no lo sabes, de lo contrario ya lo habrías hecho —respondió Bella con una sonrisa. Luego, volvió a sujetar el trapeador para eliminar el desagradable olor a pescado descompuesto. Lengua Cortada le ofreció su pañuelo para que se cubriera la nariz, y ella se lo agradeció.

—¿Sabes? La tripulación debería respetarte un poco más, Lengua Cortada —dijo—. No deberían reírse de ti.

Lengua Cortada se encogió de hombros nuevamente, como si estuviera acostumbrado a las burlas.

—Hablaré con el capitán y le diré que haga algo al respecto —repuso Bella—. Cresta Negra parece ser un hombre razonable, a pesar de ser un pirata.

Lengua Cortada levantó una ceja, claramente escéptico, pero agradecido por su apoyo.

—Quizás, si hablamos con él juntos, nos escuche —añadió Bella, tratando de infundir más confianza en su voz.

Lengua Cortada se llevó una mano al corazón y luego señaló en dirección a donde estaba Cresta Negra.

—¿Intentas decirme que el capitán tiene un gran corazón? —preguntó Bella.

Su ayudante asintió con una sonrisa. Ella también empezaba a creerlo.

—¿Sabes si hay una mujer esperándolo? —sintió curiosidad.

Lengua Cortada negó con la cabeza.

—¿Nadie lo está esperando o no lo sabes? —Bella revoleó los ojos y añadió—: No tienes que responderme, eso no es asunto mío.

¿Qué le pasaba a ella? Alzó la vista en dirección al timón y sonrió cuando el capitán la saludó inclinando el ala de su sombrero. Bella sintió un calor inesperado en sus mejillas y rápidamente volvió a concentrarse en su tarea, con una sonrisa oculta en sus labios.

Los hombres de Cresta Negra ya estaban ocupados con sus quehaceres cuando un grito agudo rompió la rutina matutina.

—¡Ayuda! ¡El cocinero se ha lastimado! —gritó uno de los piratas, mientras varios de ellos corrían hacia la cocina.

Tomás, el cocinero, un hombre robusto y de pocas palabras, se había cortado gravemente la mano mientras preparaba el almuerzo. Sangraba profusamente, y su rostro estaba pálido por el dolor y la pérdida de sangre.

Mientras varios piratas ayudaban al cocinero a llegar a la enfermería, Lengua Cortada sujetó a Anabella del brazo y le transmitió un mensaje con la mirada. Ella entendió de inmediato: esa era la oportunidad que tanto estaba buscando. Besó a su ayudante en la frente y le agradeció. Aunque había causado varios problemas desde que subió al barco, sabía que una de sus habilidades podría ser útil en ese momento.

—Yo puedo cocinar —dijo, alzando la voz para hacerse oír por encima del bullicio que había en la cocina—. Estoy acostumbrada a cocinar para mi numerosa familia. Déjenme prepararles la comida para hoy.

Los piratas se miraron entre sí, dudosos. Derek, que había llegado para ver qué pasaba, la miró con escepticismo.

—¿Tú? ¿Cocinar para toda la tripulación? —preguntó con una mezcla de burla y desprecio —. No creo que esto sea buena idea. La ración de alimentos es justa y no podemos desperdiciar comida.

Alexander, que había estado observando la situación desde el fondo de la cocina, se adelantó.

—Déjenla intentarlo, Derek. Peor que lo que hemos pasado no puede ser. Además, necesitamos comer —dijo, su voz calmada pero firme.

Anabella se puso manos a la obra. La cocina del barco era muy diferente a la de su hogar, pero la familiaridad de las tareas culinarias le dio confianza. Con la ayuda de Lengua Cortada comenzó a preparar una comida sencilla pero sustanciosa, utilizando los ingredientes disponibles.

—Este es nuestro momento, Lengua Cortada —susurró Bella—. No podemos fallar.

Su ayudante asintió con la cabeza mientras pelaba las patatas.

Mientras cocinaba, los piratas iban y venían y observaban con curiosidad y cierta incredulidad. Algunos de ellos estaban listos para burlarse al primer signo de fracaso, pero el delicioso aroma que comenzó a llenar la cocina pronto los hizo reconsiderar. Ella se sintió más tranquila cuando Lengua Cortada degustó el guiso y tuvo su aprobación.

Cuando la comida estuvo lista, una fila de piratas impacientes esperaba con sus platos para que les sirviera. Ellos se hicieron a un lado cuando el capitán y Derek ingresaron a la cocina.

—Huele delicioso —comentó Cresta Negra al acercar su plato.

—Gracias —respondió sonrojada.

Él se dirigió a la mesa cuando recibió su porción. Lengua Cortada le dio un codazo en las costillas para que apartara la mirada del capitán y continuara sirviendo al resto de los hombres. Ella solo quería saber cuál era su reacción al probar su primer bocado.

El estómago se le contrajo mientras esperaba el veredicto. La primera cucharada fue recibida con un silencio expectante. Los rostros endurecidos de los piratas se suavizaron a medida que probaban el guiso caliente y sabroso.

—¡Esto es increíble! —exclamó Ronan, con la boca llena.

—No había comido algo tan bueno desde que dejamos el puerto —dijo Tom, sonriendo.

La tripulación comenzó a comer con entusiasmo, disfrutando de la comida preparada por Anabella. Ella sonrió. Su madre muchas veces le había dicho que a los hombres se le ganaba por el estómago.

—Lengua cortada también ha hecho de su parte —mencionó Bella.

La tripulación también lo incluyeron en los elogios. Sin embargo, Derek, con su escepticismo habitual, apenas probó bocado.

—Puede que sepas cocinar, pero eso no cambia el hecho de que eres un problema a bordo —dijo con frialdad, mirando a Anabella con desdén.

Bella quiso arrojarle la olla a la cabeza. Derek le parecía el peor de los piratas. Se había hecho a la idea de que nunca lo complacería con nada, por más que no cometiera más errores. No entendía porque sentía tanto odio por ella. Lengua Cortada le dio un apretón de mano para que se tranquilizara al notar su molestia.

El capitán, que había estado observando la interacción, levantó la vista de su plato y miró a Derek con severidad.

—Derek, reconoce el esfuerzo cuando lo ves. Anabella ha hecho un buen trabajo hoy.

Derek resopló, pero no respondió, volviendo su atención a su plato.

Bella respiró hondo, agradecida por el respaldo del capitán, y continuó sirviendo la comida.

Después de la comida, mientras la tripulación regresaba a sus tareas, el capitán se acercó a Anabella.

—Ha hecho un buen trabajo hoy, milady —dijo, usando un tono más suave de lo habitual

—. Gracias por intervenir y ayudarnos. La comida fue excelente. Parece que ha encontrado su lugar en el Ave Nocturna.

Anabella bajó la mirada por un momento.

—Solo quise ayudar. Sé que he causado muchos problemas, pero estoy dispuesta a aprender y a ser útil.

Cresta Negra no solo le dedicó una sonrisa con los labios, sino también con los ojos, mientras le apartaba un mechón de cabello de la frente.

—Lo ha demostrado hoy, milady —dijo con sinceridad—. Sigue así, y pronto se ganará el respeto de todos a bordo.

¿Y el suyo? ¿También se ganaría su respeto? Se preguntó mientras lo veía desaparecer de la cocina. La satisfacción de haber preparado una buena comida para la tripulación le dio fuerzas para seguir adelante y enfrentar los desafíos que el futuro le deparaba.

CAPÍTULO 9

BELLA había encontrado un inesperado consuelo en su nueva rutina a bordo del Ave Nocturna. Mientras el cocinero se recuperaba de su lesión, ella ocupaba su lugar. Aunque todavía enfrentaba la desconfianza de algunos, sus habilidades en la cocina habían comenzado a ganarle cierto respeto.

Una tarde, después de un día agotador de trabajo, decidió llevarle un té de menta al capitán como muestra de gratitud. Sabía que Cresta Negra tenía mucho en su mente y pocas oportunidades de relajarse. Con la tetera en mano, caminó por los pasillos del barco hasta llegar al camarote del capitán. Golpeó suavemente la puerta y esperó la respuesta.

—Adelante —dijo una voz profunda desde el interior.

Bella entró y encontró al capitán sentado en su escritorio, rodeado de mapas y documentos. Se acercó con cuidado, dejando la taza de té humeante sobre la mesa.

—Pensé que le vendría bien un poco de té —repuso con una sonrisa tímida.

Él levantó la vista y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Gracias, Bella. Aprecio el gesto.

—Es de menta, como a usted le gusta, capitán.

Cresta Negra bebió un sorbo de té y lo saboreó lentamente.

—Está delicioso…

Era la primera vez que entraba en su camarote y lo estudió con curiosidad. Quería descubrir más sobre aquel pirata que a veces parecía más un aristócrata. Había una estantería repleta de libros y adornos de distintos lugares del mundo. Mientras Cresta Negra se reclinaba en su silla, Bella deslizó un dedo sobre el escritorio y notó un sello distintivo en uno de los documentos sobre la mesa. El escudo de armas familiar captó su atención, despertando su curiosidad. Sin pensar, tomó el documento para examinarlo más de cerca.

—¿Qué es esto? —preguntó Bella, sus ojos recorriendo el documento y el sello.

Cresta Negra se tensó al darse cuenta de lo que ella había visto, pero luego suspiró resignado.

—Es el sello de mi familia —respondió, su tono cauteloso.

Bella lo miró con incredulidad.

—Entonces... usted es el conde Alexander Blackwood, ¿verdad?

Él asintió lentamente, sorprendiéndola.

—Sí, ese es mi título —afirmó—. Pero aquí, en este barco, soy Cresta Negra. Mi vida en tierra es muy diferente a mi vida en el mar. Aquí, puedo moverme con más libertad y menos

sospechas.

Bella se sentó frente a él, intentando asimilar la información. ¿Cómo un conde había acabado convirtiéndose en un temible pirata?

—¿Por qué oculta su verdadera identidad? ¿La tripulación sabe que usted es un conde?

—No hay secretos en mi tripulación —respondió.

Ella entornó los párpados. Dudaba que esa historia fuese cierta. ¿Cómo era posible que nadie lo hubiera reconocido?

—No recuerdo haberlo visto asistir a ningún baile en Londres.

—Porque hace años que no asisto a uno —contestó él relajadamente—. Debe darme su palabra, milady, que no revelará mi identidad a ninguna otra persona.

—¿Acaso a cometido algún crimen por la que debe llevar una doble vida? —insistió ella con sus preguntas.

—Así como heredé mi título, heredé mi doble vida —él sacudió la cabeza—. No sé por qué razón le estoy confesando todo esto.

A Bella le gustó que él confiara en ella. ¿Significaba que toda su familia había sido pirata?

—También debe saber que su indiscreción podría costarle la vida, milady.

—Nunca lo delataría… ¿cómo debo llamarlo ahora? ¿capitán o milord?

—Alexander, cuando estemos a solas.

—¿Su padre también fue un Cresta Negra? —preguntó Bella, inclinándose un poco más cerca con interés genuino.

Alexander tomó un sorbo de té antes de responder, sus ojos nunca apartándose de los de ella.

—Sí —afirmó—. Y creo que ser un Cresta Negra le ha costado su vida.

—¿A qué se refiere, capitán? —inquirió ella, preocupada por la tristeza que veía en sus ojos.

—Mi padre fue asesinado, y tengo razones para creer que su muerte no fue un accidente. Nos dirigimos a la India porque mi instinto me dice que su asesino se ha ocultado allí. Busco justicia sin las restricciones de la nobleza.

Bella se quedó en silencio por un momento, asimilando toda la información que acababa de recibir. Si toda su tripulación sabía que él era el conde Alexander Blackwood ¿por qué a ella se lo había ocultado? Tal vez porque no la consideraba parte de la tripulación.

—Eso explica muchas cosas —dijo finalmente—. Pero, ¿por qué no me confesó su verdadera identidad antes? Yo le he contado todo sobre mi vida.

Alexander la miró a los ojos, una mirada intensa y sincera.

—Porque no quería que me juzgara por mi título o por lo que he hecho. Quería que me conociera como soy ahora.

En ese momento, a Bella le costaba ver al temible pirata, veía a un hombre que quería ser amado por lo que era.

—Entiendo. Pero, si hay algo que pueda hacer por usted, quiero que sepa que estoy aquí —dijo—. Cuando leía las hazañas de Cresta Negra en el periódico lo imaginaba como un hombre cruel —le contó en un tono divertido.

—Mis antepasados lo eran, gran parte de la fortuna familiar se ha conseguido gracias a ellos.

—Pero usted no es como sus antepasados —replicó Bella, convencida—. Me he metido a su barco como polizonte y no ha hecho otra cosa que ayudarme.

Alexander dejó escapar una risa suave.

—Eso es cierto. A pesar que estuvo a un paso de hundir mi embarcación —agregó con una mueca juguetona.

—Prometo que no volverá a suceder. Estoy aprendiendo, capitán.

—Alexander —corrigió él suavemente—. Cuando estamos a solas, llámame Alexander.

—Está bien, Alexander —dijo Bella, saboreando la intimidad del nombre.

La conversación había dejado una sensación de nueva confianza entre ambos. Algo íntimo que compartían en sus miradas. Bella ahora entendía mejor a Alexander y sus motivaciones. Aunque sus vidas habían sido muy diferentes, compartían un deseo común de encontrar su lugar en el mundo y luchar por lo que creían justo.

Mientras se levantaba para irse, Alexander la detuvo suavemente, sus dedos rozando los suyos.

—Gracias por el té, Bella. Y gracias por entender.

Bella sonrió. Le gustaba oír como él pronunciaba su nombre.

—De nada, Alexander.

Mientras Bella salía del camarote, supo que en esa noche se había forjado un lazo más fuerte entre ellos.

CAPÍTULO 10

ANABELLA se había convertido en una presencia constante en la cocina del Ave Nocturna. Sus habilidades culinarias no solo habían mejorado la moral de la tripulación, sino que también le habían ganado respeto. Aquella mañana, mientras preparaba el desayuno con esmero, Tomás, el cocinero de la embarcación, aún con el brazo vendado, la felicitó por cómo estaba manejando la cocina.

Mientras cortaba frutas y horneaba pan, sus pensamientos volvían una y otra vez a Cresta Negra. Se había despertado con más preguntas que respuestas acerca del capitán. No se había atrevido a indagar más en su vida por miedo a parecer una entrometida. Sin embargo, él mismo le había dicho que en su tripulación no había secretos. Eso significaba que Lengua Cortada podía tener las respuestas a sus preguntas.

Decidida a aprovechar cualquier oportunidad, esperó a que él trajera la jarra con agua caliente para preparar el té.

—¿Sabías que nuestro capitán es un conde? —preguntó tanteando el terreno.

Su ayudante asintió con la cabeza.

—¿Él tiene muchos enemigos? —continuó Bella intrigada

Lengua Cortada hizo un gesto exagerado con las manos, indicando que eran demasiados para contarlos

—¿Alguna vez algunos de sus enemigos atacaron Ave Nocturna?

Lengua Cortada volvió a asentir y señaló su lengua, o mejor dicho, la falta de ella. Bella tragó saliva, sintiendo una ola de preocupación.

—¿Así fue como perdiste tu lengua? —preguntó, susurrando como si temiera que alguien más pudiera escuchar.

Él afirmó con una mirada entristecida.

—¿Y el malnacido todavía respira para contarlo?

Su ayudante suspiró y asintió de nuevo.

—¿Cresta Negra no pudo atraparlo?

Con la ayuda de sus manos, Lengua Cortada le dio a entender que el enemigo había logrado huir, pero que estaban yendo por él. Bella abrió los ojos de par en par.

—¿Acaso es posible que sea el mismo hombre que asesinó al padre del capitán? —preguntó, más para sí misma que para Lengua Cortada.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió de golpe, haciendo que ambos saltaran del susto. Derek apareció, con cara de pocos amigos.

—Lleven el desayuno al capitán a su camarote —ordenó, mirando a Bella con impaciencia.

Bella asintió rápidamente, reuniendo el desayuno con la ayuda de Lengua Cortada, que le lanzó una mirada cómplice antes de salir de la cocina

Con la bandeja de desayuno lista, se dirigió al camarote del capitán, llevando una sonrisa en los labios y una curiosidad insaciable por Alexander. Después de la conversación que habían tenido la noche anterior, cada detalle de él la atraía: sus movimientos, su aroma, su sonrisa y la pasión que ponía en cada cosa que hacía. Tocó suavemente la puerta antes de entrar.

El capitán estaba sentado en su escritorio, con una expresión de preocupación que Bella notó de inmediato. Colocó la bandeja sobre la mesa, observando su semblante serio.

—Buenos días, Alexander. Le he traído el desayuno —dijo, intentando animarlo con su tono.

Alexander levantó la mirada y esbozó una leve sonrisa.

—Gracias, milady. Se ve delicioso. Si continuas así, puede que ocupe el lugar de nuestro cocinero definitivamente.

Ella miró hacia la puerta con el ceño fruncido, vigilando que nadie estuviera cerca.

—No diga eso, capitán —susurró—. Si su tripulación lo llegara escuchar, perdería el poco respeto que me he ganado de ellos.

Él dibujó una sonrisa en su rostro.

—Sabía que tarde o temprano empezarías a agradar a mis hombres.

—¿Ah, sí? Y… ¿a usted le agrado, capitán? —preguntó, mordisqueándose el labio inferior.

Cresta Negra la estudió a través de los ojos entornados.

—Todavía lo estoy averiguando… —respondió en un tono seductor.

Bella se inclinó hacia adelante, notando la carta en el escritorio.

—Parece que algo le preocupa, capitán —murmuró, tomando asiento frente a él—. ¿Quiere hablar de ello?

Alexander suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—Es esta carta —respondió, señalando el papel—. Es de mi padre. La encontré poco después de su muerte, pero aún no he tenido el valor de leerla.

Bella se conmovió al ver que uno de los hombres más temibles del océano le temía a un papel.

—Entiendo que pueda ser difícil, capitán, pero quizás leerla le dé las respuestas que tanto necesita —expresó con dulzura—. A veces, enfrentar lo que tememos es la única manera de avanzar.

Alexander asintió lentamente, sus ojos fijos en la carta.

—Tiene razón, milady. Tal vez hoy sea el día en que finalmente lo haga.

En ese momento, Derek entró en el camarote sin previo aviso, llevando una taza de café. Al ver a Bella, frunció el ceño y, en su apresuramiento, dejó caer la taza al suelo, rompiéndola en pedazos.

—¡Maldita sea! —gruñó Derek, mirando a Bella con una mezcla de irritación y desdén—. Recoge eso —le ordenó.

Bella se agachó rápidamente para recoger los fragmentos de la taza rota, tratando de no dejar que la actitud de Derek la molestara. Sabía que él seguía desconfiando de ella y que cualquier error podía costarle caro.

Mientras Bella recogía los pedazos, Alexander la observó y luego dirigió una mirada severa a Derek.

—No es necesario que le hables así, Derek. Ella está haciendo lo mejor que puede.

Derek frunció el ceño, pero no dijo nada más. Salió del camarote dando un portazo, dejando a Alexander y Bella en un incómodo silencio.

—Lamento como te ha tratado Derek —se disculpó—. No lo tomes personal, él suele ser así con todos.

—Gracias por defenderme, capitán —murmuró Bella, levantándose con los fragmentos de la taza en la mano.

—No, gracias a ti, Bella. Has sido de gran ayuda en los últimos días. Y tienes razón sobre la carta. La leeré hoy mismo.

—Estaré aquí si necesita hablar después de leerla —le hizo saber Bella con una sonrisa en los labios.

Alexander sacudió la cabeza, sorprendido de cómo se había abierto con ella.

—Eres una caja de sorpresas, Bella. ¿Qué haría yo sin ti?

—Probablemente comería mal y tendría menos problemas en alta mar —respondió ella con una sonrisa juguetona.

Él soltó una carcajada y, por un momento, el peso de la carta se desvaneció.

—Puede que tenga razón, milady. Pero no cambiaría estos problemas por nada.

CAPÍTULO 11

AL CAER el sol, el sonido de las olas golpeaba suavemente contra el casco del Ave Nocturna. El capitán se sentó en su camarote, sosteniendo la carta de su padre entre las manos, listo para enfrentar las palabras que había evitado durante tanto tiempo. Colocó el vaso de brandy a un lado y soltó un suspiro profundo. Finalmente, rompió el sello y desplegó el papel amarillento, sus ojos recorriendo las líneas escritas con la letra familiar de su padre.

"Mi querido Alexander,

Si estás leyendo esto, significa que ya no estoy entre los vivos. Lamento profundamente no haber tenido la oportunidad de reconciliarnos antes de mi partida, pero quiero que sepas que siempre he estado orgulloso de ti.

Alexander se detuvo por un momento. Había creído que había decepcionado a su padre al no querer abandonar la vida de piratería con la identidad de Cresta Negra. Un nudo se formó en su garganta. Respiró hondo y continuó leyendo:

Desde que asumí mis responsabilidades como Cresta Negra, he recibido amenazas constantes, y eso era precisamente lo que quería evitar que vivieras, hijo mío. Lamentablemente, creo que han descubierto el secreto de nuestra familia. Las personas detrás de estas amenazas están más cerca de lo que imaginamos; probablemente sea alguien en quien confiamos. He estado investigando para descubrir quién está detrás de esto y te mantendré informado tan pronto como encuentre al culpable. Espero haberlo logrado cuando esta carta llegue a tus manos.

Sé que has elegido un camino diferente al mío, pero entiendo tus razones y admiro tu valentía. Espero que algún día puedas vivir una vida plena, y que el peso de Cresta Negra no impida tu felicidad.

Con afecto,

Tu padre."

Cresta Negra cerró los ojos, dejando que las palabras de su padre calaran en su mente y corazón. Sentía una mezcla de dolor y alivio. Descubrir que su padre no estaba decepcionado por sus decisiones era como una caricia para su alma. Las amenazas mencionadas en la carta y la insinuación de que alguien cercano estaba involucrado confirmaban sus peores temores.

El asesino de su padre debía haber actuado ser alguien cercano para evitar ser descubierto, y Alexander estaba más convencido que nunca de que su enemigo, el baronet Terkebean, estaba detrás de todo. Era hora de regresar a Londres; India podía esperar. Primero debía descubrir quién era el traidor. Seguramente su padre había dejado pistas entre sus cosas que indicaban quién podría ser el infiltrado.

Alexander se levantó y salió de su camarote, buscando a Derek. Lo encontró bebiendo unas copas en la cubierta, mientras supervisaba a la tripulación.

—Derek, necesito hablar contigo —dijo con firmeza.

Derek se volvió, con expresión curiosa.

—¿Qué sucede, capitán?

Cresta Negra le quitó la botella de brandy de la mano y bebió un sorbo.

—He leído la carta de mi padre —comenzó Alexander—. En ella, menciona que estaba recibiendo amenazas y que creía que alguien cercano a él estaba involucrado —le contó—. Estoy seguro de que él descubrió quién era el responsable y por eso lo asesinaron. Creo que el culpable es nuestro enemigo, el baronet Terkebean.

Derek asintió lentamente, comprendiendo la gravedad de la situación.

—¿Qué planea hacer al respecto, capitán?

—Vamos a regresar a Londres —dijo Alexander con determinación—. Es hora de enfrentar a Terkebean y descubrir la verdad sobre la muerte de mi padre.

Él se sentía como un idiota por no haberse atrevido a leer la carta de su padre antes de zarpar.

—Una decisión audaz, capitán. Pero, ¿está seguro de que el baronet Terkebean es el verdadero culpable? Los enemigos pueden estar más cerca de lo que pensamos.

—Tienes razón, Derek. No podemos confiarnos. Pero Terkebean ha sido una espina en nuestros zapatos durante demasiado tiempo. Si no es el responsable, al menos tendremos la oportunidad de ajustar cuentas con él.

Derek esbozó una sonrisa sutil.

—Como siempre, estoy a su disposición, capitán. Prepararé a la tripulación para el viaje a Londres. Y no se preocupe, mantendré los ojos bien abiertos.

CAPÍTULO 12

LA TRIPULACIÓN del Ave Nocturna se había reunido en la cubierta principal, curiosa y expectante ante el anuncio que daría su capitán. Cresta Negra había convocado una reunión importante. Los murmullos se disiparon cuando Alexander se adelantó con una expresión seria.

—He recibido noticias que nos obligan a cambiar nuestro rumbo —comenzó el capitán, mirando a sus hombres a los ojos—. Regresaremos a Londres.

Un murmullo de sorpresa recorrió a la tripulación. Cresta Negra levantó una mano para silenciar las preguntas que ya comenzaban a surgir.

—Tengo razones para creer que el baronet Terkebean está detrás de la muerte de mi padre —continuó. La tripulación era consciente de que el baronet era su enemigo número uno—. Debemos regresar y enfrentar esta amenaza directamente.

Los últimos enfrentamientos con el baronet habían desbaratado algunas de sus embarcaciones, pero la enemistad venía de la época de su padre, el anterior Cresta Negra. Un día, Terkebean había atacado su barco cuando su padre aún era el capitán. La batalla había sido brutal, y en ese enfrentamiento muchos hombres de su tripulación habían salido heridos, como Lengua Cortada. Habían logrado salvar su vida, pero no su lengua.

La historia del ataque de Terkebean y las heridas sufridas por la tripulación aún estaban frescas en sus memorias. Lengua Cortada, con su silencio obligado, era un recordatorio constante de la crueldad del baronet.

—Sé que esto puede ser peligroso. Sabemos que el baronet tiene sus artimañas, pero confío en cada uno de ustedes —los motivó el capitán.

—¿Qué pasará con nuestro botín en India? —preguntó uno de los piratas.

Había un barco cargado de especias que lo esperaba.

—Regresaremos por el botín cuando acabemos los asuntos en Londres —respondió Alexander sin vacilar.

Derek dobló los brazos a la altura del pecho, escéptico.

—¿Y si el baronet no se encuentra en Londres? —cuestionó—. Habremos perdidos varios días de viaje si no es así.

—Mi instinto me dice que debemos regresar. ¿Alguien más no está de acuerdo con esta decisión?

El silencio que siguió fue pesado, cargado de tensión. La tripulación sabía que cualquier decisión tomada por Alexander era meditada y justa. Poco a poco, los hombres asintieron, aceptando su nuevo rumbo. La lealtad hacia su capitán era inquebrantable.

Entre la tripulación, Anabella sintió una oleada de miedo. Londres significaba enfrentarse a su pasado y a la amenaza constante de su prometido, lord Borbury. Mientras los piratas discutían las implicaciones del cambio de rumbo, ella se acercó a Alexander.

—Capitán…

Él les dio unas indicaciones a sus hombres y luego se volteó hacia ella.

—Lo siento, milady, pero este no es un buen momento para hablar —comentó, al tiempo que pedía que alzaran las velas.

Bella lo siguió y se frenó de golpe chocándose con su espalda cuando él se detuvo.

—¿Qué pasará conmigo en Londres? —preguntó con voz temblorosa—. Si mi prometido se entera que he regresado, no tardará en buscarme.

El capitán dirigió su atención otra vez hacia ella.

—No tiene de qué preocuparse, milady —respondió en un tono más calmado—. La protegeré —añadió, quitándose el sombrero y colocándoselo en la cabeza con delicadeza—. Nadie se acercará a usted mientras esté bajo mi cuidado.

Anabella lo miró a los ojos, tratando de encontrar seguridad en sus palabras. No dudaba de la fortaleza del capitán, pero él no conocía a lord Borbury.

—Pero él es poderoso, y si se entera de que he regresado, no se detendrá hasta encontrarme y salirse con la suya —quiso que comprendiera su realidad.

Alexander puso su pesada mano en su hombro para transmitirle ánimo. Ella sintió el calor de su contacto y ladeó la cabeza hacia un costado, acariciando su mano con la mejilla.

—Tiene mi palabra, Bella. No dejaré que nada le suceda —le aseguró—. Mi tripulación y yo estaremos a su lado.

Mientras la tripulación se preparaba para el viaje a Londres, Anabella se sintió ligeramente más aliviada por las palabras de Alexander. Durante el tiempo que ella había estado en la embarcación, había conocido un poco más a esos piratas y no dudaba de su valentía. Había oído varias historias de ellos, de las batallas que habían enfrentado. Su instinto le decía que debía confiar en la promesa de alexander de protegerla.

Y en modo de gratitud, Anabella se ofreció a preparar una comida especial para la tripulación antes de zarpar. Sabía que un buen banquete podía elevar los ánimos y fortalecer la moral. Sonrió. Aunque el miedo seguía presente, sabía que ya no estaba sola en esa lucha. Se secó las lágrimas con la manga del vestido y continuó pelando las patatas.

Lengua Cortada apoyó su mano sobre su brazo y le sonrió en un gesto paternal.

—Gracias por no haberme dejado sola durante todo este tiempo —ella lo abrazó y agregó —: Atraparemos al baronet y haremos justicia por lo que te hizo.

Derek los interrumpió, visiblemente de peor humor que de costumbre, y les pidió que se apresuraran porque sus hombres se morían de hambre.

Con la comida servida y los ánimos levantados, el Ave Nocturna se preparó para zarpar. El capitán se situó en la proa, mirando el horizonte con su objetivo en mente.

—¡Preparen el barco! —ordenó con voz firme—. ¡Nos dirigimos a Londres!

La tripulación respondió con un rugido. Inmediatamente, los piratas se pusieron manos a la obra, maniobrando las velas y ajustando el timón con precisión. Las cuerdas chirriaban y los mástiles crujían bajo la presión. El caos se había desatado en la cubierta, con el sonido de las botas golpeando la madera, las órdenes gritando de un lado a otro y el viento que comenzaba a hinchar las velas.

Bella se unió al capitán en la proa, mirando hacia el horizonte junto a él. Sentía el viento en su rostro y el sonido de las olas bajo el barco, una sensación de aventura y peligro que comenzaba a ser parte de su vida. El capitán la miró de soslayo y rozó intencionalmente su mano con la suya. De pronto, el aire que rozaba su piel parecía quemarla.

—Gracias, Alexander —dijo en voz baja—. Por haber permitido que este polizón continuara en su barco y por no haberme tirado por la borda.

Alexander la sujetó de la barbilla y la obligó a que lo mirara a los ojos. La pícara sonrisa de él la pilló con la guardia baja.

—Eso es porque sabía que no sería cualquier polizón, milady.

¿Qué había querido decir con eso?

—¿Ah, no? —se atrevió a preguntar, con el corazón palpitante.

Él inclinó la cabeza y la miró intensamente a los ojos, adueñándose de su mano y acariciándole la palma con el pulgar.

—Usted trajo el caos en mi barco.

Ella tenía dificultad de respirar. El viril atractivo de su cuerpo la atraía como un imán, irresistible. No quiso retirar la mano de la de él; disfrutaba de ese posesivo contacto.

—¿Y… eso no es malo? —balbuceó.

—No para un pirata, milady —respondió, ladeándose cada vez más hacia ella.

Y en el mismo instante en que sus ojos se cerraron, anticipando el beso del pirata más buscado, uno de los hombres de Cresta Negra los interrumpió.

—Capitán, lo necesitamos, el viento está cambiando y debemos asegurar las velas.

El capitán se apartó de ella, aunque claramente a regañadientes.

—Iré ahora mismo —y antes de alejarse se volvió a ella para decir—: Continuaremos lo que empezamos, milady. Es un hecho —sentenció, curvando su firme boca en una sonrisa sardónica.

Bella tragó saliva y asintió con la cabeza, al tiempo que anhelaba ese próximo encuentro.

CAPÍTULO 13

LA TORMENTA azotaba el Ave Nocturna con una furia implacable, haciendo que el barco se balanceara violentamente de un lado a otro. La tripulación de Cresta Negra luchaba para mantener el rumbo y asegurar las velas que amenazaban con desgarrarse bajo la presión del viento. Alexander logró sujetar del brazo a uno de sus hombres en el momento que una de las olas estuvo a punto de arrastrarlo.

El capitán se plantó firmemente en la cubierta, su voz resonando sobre el rugido del viento y el estruendo de las olas.

—¡Escuchen bien! —gritó, su voz cargada de fuerza—. ¡Somos la tripulación del Ave Nocturna, y no hay tormenta en este mundo que pueda con nosotros!

Una ola gigante se estrelló contra el barco, pero los hombres se aferraron a sus posiciones.

—¡Hemos enfrentado peligros mayores y hemos salido victoriosos! —continuó Cresta Negra, sus ojos brillando con una intensidad feroz—. ¡No dejaremos que esta tormenta nos venza! ¡Mantengan el rumbo, aseguren las velas y recuerden que juntos somos invencibles!

Los hombres respondieron con un rugido de aprobación. El viento aullaba y la lluvia golpeaba con fuerza, pero la determinación en los rostros de su tripulación era imparable. Cresta Negra sentía la adrenalina recorriendo sus venas mientras ordenaba a sus hombres con precisión. Cada movimiento era vital, cada decisión crucial. La tormenta no les daría tregua.

—¿Cómo puedo ayudarlos, capitán? —escuchó gritar a sus espaldas.

El rostro de Cresta Negra se transfiguró al ver que lady Anabella había dejado el camarote para unirse a ellos en la cubierta. ¿Qué diantres pasaba por la cabeza de esa mujer?

—¡Regrese a su camarote ahora mismo, milady! —le ordenó.

El cabello empapado de ella se le pegaba al rostro mientras luchaba contra las ráfagas de viento.

—¡No lo haré! —lo contradijo la muy necia—. ¡Necesitan ayuda extra!

—¡La tormenta no es ninguna broma, milady! —rugió él.

—¿Qué puede pasarme?

—¿Qué puede pasarle? —repitió él incrédulo de lo que acababa de oír. ¡Esa mujer en su vida se había enfrentado a una tormenta en alta mar!

De pronto, en medio de su esfuerzo por querer ayudarlo, una ola particularmente fuerte golpeó el barco, arrastrándola por la borda y lanzándola al mar embravecido.

—¡Anabella! —gritó Cresta Negra, su voz apenas audible sobre el rugido de la tormenta.

Sin dudarlo un instante, Alexander se lanzó al agua tras ella. Las olas eran implacables, pero él nadó con sus ojos fijos en la figura que se hundía y resurgía entre las crestas de las olas.

Luchó contra la furia del mar, cada brazada era un esfuerzo sobrehumano. La corriente intentaba arrancarle a Anabella de los brazos, pero él la sujetó con firmeza.

Ella parecía haber perdido la conciencia. Nadó de regreso al barco con una fuerza y velocidad sorprendentes, impulsado por el miedo de perderla. Los hombres de la tripulación, conscientes de la situación, arrojaron una cuerda y juntos izaron a Alexander y Anabella de vuelta a la cubierta.

—¡Rápido, traigan mantas! —ordenó Alexander, mientras se arrodillaba junto a Anabella, su pecho subiendo y bajando con dificultad por el esfuerzo.

En ese momento, todo lo que importaba era Anabella. Su piel estaba fría al tacto, y Alexander sintió un nudo en el estómago.

—¡Bella, despierta! —dijo, su voz ronca por la desesperación—. ¡No puedes dejarme ahora!

Tom llegó corriendo con mantas y las envolvió alrededor de ella. Alexander la sostuvo con fuerza, susurrándole palabras de aliento mientras la tripulación trabajaba frenéticamente para mantener el barco estable. Él comenzó a realizar maniobras de resucitación con desesperación. Una desesperación que nunca antes había sentido.

—¡Mujer del demonio! —maldijo, mientras le hacía respiración boca a boca—. ¡Tú me matarás en vez de la tormenta!

—¡Despierta polizón! —gritó Ronan, sujetando una cuerda para no perder la vela.

—¿Quién nos cocinarás si no lo haces? —añadió otro de los piratas.

Después de unos tensos segundos que parecieron eternos, Anabella tosió débilmente y abrió los ojos, encontrándose con los de Alexander.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Cresta Negra.

—¿Qué puede pasarme si les doy una mano? —susurró ella, intentando una sonrisa a pesar de su estado.

—Nunca vuelva a hacer algo así, milady —respondió él, su voz temblando entre la ira y el alivio—. No podría soportar perderla.

Ella cerró los ojos nuevamente, descansando su cabeza contra el pecho de Alexander. Sin perder más tiempo, la cargó en sus brazos y la llevó a su camarote. Al llegar, llamó a Lengua Cortada, que lucía tan preocupado como él.

—Necesito que cuides de ella mientras regreso a ayudar a tripulación —dijo, depositando a Bella con cuidado sobre la cama—. No la dejes sola.

Lengua Cortada asintió con la cabeza, tomando su lugar junto a la cama de Anabella mientras Cresta Negra salía del camarote. Afuera, la tormenta seguía su curso, pero el capitán sabía que mientras él y su tripulación lucharan juntos, el Ave Nocturna no se hundiría.

CAPÍTULO 14

LADY ANABELLA abrió los ojos lentamente, sintiendo el peso de la fatiga aún sobre su cuerpo. El suave balanceo del barco y el sonido de las olas le indicaron que la tormenta había pasado y que el Ave Nocturna no se había hundido. Se dio cuenta de que estaba en el camarote del capitán por el escritorio lleno de papeles y mapas a su lado. Además, las sábanas tenían el inconfundible olor de Alexander: tabaco, cuero y menta. Recordó que su propia habitación había quedado destrozada por la tormenta, y Cresta Negra había insistido en que se quedara allí para recuperarse.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra del camarote, distinguió una figura durmiendo en el suelo sobre la alfombra. Era Alexander. Su rostro normalmente severo y autoritario, se veía relajado en el sueño. Anabella sintió una mezcla de gratitud y frustración. Gratitud porque él la había rescatado y cuidado, frustración porque él siempre la trataba como si fuera una frágil flor.

Decidió moverse, y el ligero sonido de sus movimientos hizo que Alexander se despertara. Se levantó de un salto de la alfombra y su mirada inmediatamente buscó la de Anabella.

—Bella, ¿cómo se siente? —preguntó, acercándose a ella con preocupación.

—Estoy bien, capitán —respondió, con un leve suspiro—. Solo un poco cansada.

—Debería descansar más —dijo él con voz firme—. No debió haberse enfrentado a la tormenta, milady. Anoche pudo haber muerto. Debería ser menos obstinada y escuchar más cuando le hablan.

—¿Y qué esperaba que hiciera? —Anabella levantó la voz, sintiendo la necesidad de defenderse—. ¡No podía quedarme encerrada en mi camarote mientras todos ustedes luchaban por salvar el barco!

—Pudo haberse lastimado gravemente al caer al agua, o algo peor —replicó Alexander, usando su tono severo—. ¡Su vida es demasiado valiosa para arriesgarla así!

—¿Y mi valor como persona no cuenta? —Anabella se incorporó, sosteniéndose en el borde de la cama—. No soy una dama frágil, capitán. Puedo ser tan valiente y útil como cualquier otro a bordo —expresó con las mejillas ardidas.

Alexander suavizó su expresión un poco. Se acercó más, arrastró una silla y la colocó a un lado de la cama.

—Nunca he dudado de su valentía, Bella —le aclaró, sujetándole una mano—. Pero verla arriesgarse así... Cuando cayó al agua… No podría soportar perderla.

Anabella sintió un calor en su pecho, su ira se había apaciguado, dándole lugar a algo más profundo, más tierno. No podía evitar sonreír ligeramente ante la preocupación que se veían en los ojos de Alexander. Estaba segura de que nadie le creería si alguna vez decía que el pirata más temido de los mares en el fondo era un dulce gatito. Un dulce y seductor gatito.

—¿Usted siempre es tan dramático, capitán? —dijo ella, con un toque de burla en su voz —. ¿Qué haría sin mí para mantenerse en vilo?

Alexander rió, una risa profunda y genuina que Anabella rara vez oía.

—Probablemente viviría una vida mucho más aburrida —admitió él, llevándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pero preferiría eso a verla en peligro.

Anabella rodó los ojos, pero su sonrisa se hizo más amplia, derritiéndose por dentro por su comentario.

—Usted es imposible, capitán. Pero gracias.

Cresta Negra se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente.

—Descanse, Bella.

Anabella se recostó de nuevo en la cama. Mientras cerraba los ojos, sintió la presencia reconfortante de Alexander a su lado. La brisa marina entraba suavemente por la pequeña ventana del camarote, llevando consigo el aroma salado del océano.

—No se vaya, capitán —le pidió ella, sus palabras apenas un susurro—. Quédese un momento.

—No me iré, milady. No hasta que esté profundamente dormida.

Ella sonrió débilmente.

—¿Sabe? —expresó—. A veces, olvido que es un temido pirata. Aquí, con usted, todo parece tan... normal.

Alexander dejó escapar una risa suave.

—¿Normal, dice? —replicó—. Bueno, intentaré no tomar eso como una ofensa.

Anabella abrió un ojo y lo miró, disfrutando del brillo juguetón en sus ojos grises.

—No lo es, capitán. Es un cumplido. Le agradezco por hacerme sentir segura.

—Milady, siempre estaré aquí para protegerla. Aunque sea la polizón más temeraria que haya conocido.

—Y usted el pirata más dramático de todos los mares —respondió ella con su voz cargada de picardía.

La risa ronca de Alexander llenó todo el camarote.

—Duerma, Bella.

Anabella cerró los ojos. Poco a poco, el cansancio la venció y se dejó llevar por el sueño, sabiendo que él estaba allí, vigilándola.

Bella se encontraba recostada en la cama del capitán, recuperándose lentamente del

accidente. Trataba de distraerse leyendo unos viejos periódicos, pero tanta tranquilidad empezaba a desesperarla. Finalmente, dobló el periódico y lo hizo a un lado justo cuando golpearon la puerta. Respiró aliviada por la interrupción de su silencio.

—Adelante…

Ronan, el robusto contramaestre, ingresó despacio. Al verla despierta, una sonrisa tímida asomó en su rostro curtido.

—Buenos días, milady. ¿Cómo se siente hoy? —preguntó, su voz profunda resonando en el pequeño espacio.

—Buenos días, Ronan. Estoy mejor, gracias. —respondió ella con una sonrisa.

—Espero que se levante de esa cama pronto. Sin ofender, pero nadie quiere cocinar en su lugar otra vez. —dijo Ronan.

Anabella rió suavemente, recordando la vez que tuvo que hacerse cargo de la cocina cuando el cocinero se accidentó. Desde entonces, la tripulación había comenzado a verla con otros ojos.

—Haré lo posible por recuperarme pronto. No puedo dejar que mueran de hambre por aquí. —bromeó ella.

—Por favor, hágalo. Mis habilidades culinarias se limitan a calentar agua. —Ronan rió, y con un asentimiento se retiró, dejando la puerta entreabierta.

Poco después, apareció Jack, el joven grumete, con una bandeja de frutas.

—Milady, el capitán dice que tiene que comer esto. Aunque no sé cómo piensa que estas frutas le van a dar fuerzas. —dijo con picardía.

—Gracias, Jack. —Anabella tomó una uva y se la lanzó juguetonamente—. ¿Y qué sugieres tú que coma para ponerme fuerte?

—¡Bistec! —gritó Jack, atrapando la uva en el aire—. Aunque a lo mejor nos quedamos sin vacas en el barco...

Anabella rió mientras Jack se alejaba haciendo ruidos de vaca. Justo entonces, apareció Lengua Cortada. Entró sin hacer ruido, como era su costumbre, y se sentó a su lado, sosteniendo una flor que había encontrado en algún rincón del barco.

—Gracias, Lengua Cortada. —dijo ella, tocando suavemente su brazo—. Siempre sabes cómo alegrarme el día.

Lengua Cortada sonrió y asintió. Se quedó un rato en silencio, simplemente haciéndole compañía, hasta que la puerta se abrió de nuevo.

Esta vez fue el mismísimo cocinero, Tomás, quien entró, cojeando levemente y con su brazo vendado.

—Bueno, bueno, parece que la dama que salvó nuestras papilas gustativas está de vuelta en pie —dijo con una sonrisa torcida.

—Hola, Tomás. —saludó Anabella—. Veo que ya estás mejor.

—Gracias a usted, milady, y a esos guisos mágicos que prepara. Pero no se acostumbre. No pienso renunciar a mi cocina —bromeó Tomás, guiñándole un ojo.

—No me atrevería a quitarte el puesto. —respondió Anabella, levantando las manos en señal de rendición—. Aunque he de decir que mi estofado es legendario.

Tomás soltó una carcajada, seguido por Anabella y Lengua Cortada. La puerta se abrió de nuevo y más miembros de la tripulación empezaron a entrar, llenando el camarote del capitán con risas y bromas.

Uno de los piratas, Pete, entró con una jarra de agua y la dejó en la mesa junto a la cama.

—Dicen que el agua es buena para todo. Aunque después de probar su cocina, milady, estoy seguro de que deberíamos embotellar su sopa —comentó, el pirata tratando de animarla.

Anabella se sintió abrumada por la calidez y el afecto que ahora recibía de la tripulación. Aunque al principio habían sido recelosos con ella, sus esfuerzos habían ganado sus corazones. Bella se dio cuenta de que había encontrado una nueva familia en el Ave Nocturna.

De pronto, las risas se apagaron cuando Derek ingresó al camarote y les pidió a sus hombres que regresaran a sus tareas.

—Evite distraer a mi tripulación, milady —gruñó él.

Definitivamente, ella nunca se ganaría el corazón de Derek.

CAPÍTULO 15

BELLA observaba cómo la costa de Londres se perfilaba en el horizonte, su corazón acelerándose con un terror que creía que había desaparecido. Después de tantos días en alta mar, el Ave Nocturna estaba por arribar en la ciudad. Sin embargo, antes de llegar, la tripulación tenía un importante trabajo por hacer. Los hombres se movían rápidamente, desmontando y ocultando cualquier signo que pudiera delatar la verdadera identidad del barco. Pintaban un nuevo nombre en la proa: "La Alondra". Era una medida de precaución necesaria, especialmente porque Cresta Negra, el temible pirata, era un hombre buscado en Londres.

Anabella observó sorprendida desde la cubierta como la tripulación trabajaba con eficiencia. En medio de la actividad, vio al capitán desaparecer en su camarote. Sabía que pronto él dejaría atrás a Cresta Negra para convertirse en el conde Alexander Blackwood.

Ella también había decidido hacer su propio cambio. Sabía que su vestido y presencia llamativa podrían atraer miradas indeseadas en Londres, así que se dirigió a su propio camarote y se cambió a la ropa más discreta que pudo encontrar. Regresó a la cubierta vestida con unos pantalones holgados, una camisa grande y un chaleco que había tomado prestado de uno de los piratas. Se sentía extrañamente liberada en esa vestimenta, aunque un poco ridícula.

Saludó a algunos miembros de la tripulación y ellos no la habían reconocido. Sintió un gran alivio. Esperaba que lord Borbury tampoco lo hiciera si tenía la mala suerte de cruzárselo.

Cuando Alexander volvió a la cubierta, su transformación era notable. En lugar del pirata rudo, ahora se veía como el distinguido conde que realmente era. Vestía un elegante traje oscuro y su cabello estaba cuidadosamente peinado, hasta se había quitado su barba. Parecía alguien completamente diferente.

Alexander la miró, al principio sin reconocerla. Luego, sus ojos se abrieron de par en par y una carcajada profunda y genuina escapó de sus labios.

—¿Bella? —dijo, aun riendo—. ¿Qué es lo que está usando?

Anabella levantó la barbilla con una sonrisa desafiante.

—No quiero que me reconozcan cuando lleguemos a Londres —respondió—. Además, esta ropa es sorprendentemente cómoda —añadió, a la vez que le echaba una ojeada a su vestimenta.

Alexander se acercó, todavía con una sonrisa en los labios.

—No estoy seguro de que alguna vez me acostumbre a verla así vestida, milady —dijo, tratando de contener su risa—. Pero he de admitir que tiene razón. Pasará desapercibida, aunque quizás como el pirata más atractivo de la tripulación.

Anabella le dio un suave golpe en el brazo en un gesto de camaradería.

—Y usted, capitán, ¿est listo para volver a ser el conde de Blackwood? —preguntó, usando un tono más serio.

Alexander suspiró y su sonrisa se desvaneció lentamente de su rostro.

—No tengo otra opción —contestó resignado.

El barco se acercaba cada vez más al puerto de Londres. La tripulación, ahora más relajada, bromeaba y reía mientras terminaban los últimos preparativos. Cuando finalmente el Ave Nocturna, ahora La Alondra, atracó en el puerto, Anabella respiró hondo, lista para lo que viniera.

Lady Anabella bajó del barco, su corazón latía con fuerza mientras sus pies tocaban el suelo firme del puerto de Londres. Alexander, ahora en su papel de conde de Blackwood, la guió con cuidado a través de la bulliciosa muchedumbre. La tripulación se había quedado a bordo del recién renombrado barco, La Alondra, encargados de mantener su identidad oculta y de prepararse para cualquier eventualidad.

Alexander había dispuesto un carruaje elegante que los esperaba cerca del muelle. Ayudó a Bella a subir y luego se acomodó a su lado, dándole una sonrisa tranquilizadora.

—Está a salvo conmigo, milady —dijo con suavidad mientras el carruaje comenzaba a moverse—. Pronto estaremos en mi hogar, donde nada ni nadie podrá hacerte daño.

Bella asintió, mirando a través de la ventana el cielo gris y nublado. La ciudad, con sus edificios altos y calles estrechas, parecía aún más intimidante de lo que recordaba. Mientras el paisaje urbano de Londres pasaba rápidamente, su mente estaba llena de preguntas y preocupaciones, pero la presencia calmada de Alexander a su lado la tranquilizaba.

Esperaba que su familia se encontrara bien y que no hubiera sufrido las consecuencias por haber huido. Lord Borbury era un hombre cruel y de alguna manera se los haría pagar.

Después de un trayecto que se sintió tanto breve como eterno, el carruaje se detuvo frente a una imponente mansión. La casa del conde era magnífica, con sus paredes cubiertas de enredaderas y su jardín bien cuidado. Una fachada elegante que irradiaba riqueza y poder.

Alexander bajó primero, luego ayudó a Anabella a salir. Varios sirvientes estaban alineados en la entrada, inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Bienvenida a mi hogar, milady —dijo Alexander, guiándola hacia la puerta principal—. Espero que se sienta cómoda aquí.

Los sirvientes los saludaron con sonrisas cálidas, tomando sus abrigos y equipaje. Ellos la miraron un poco extraña de cómo iba vestida. Bella se quitó el sombrero y una cascada de pelo cobrizo cayó sobre su espalda. Alexander comenzó a mostrarle la casa, llevándola por habitaciones decoradas con buen gusto. Anabella se sintió abrumada por la belleza y el esplendor del lugar.

—Le mostraré su habitación, milady —dijo Alexander, guiándola por el pasillo.

Subieron una escalera de madera pulida que crujía ligeramente bajo sus pies. Al final del pasillo, Alexander abrió una puerta para revelar una habitación acogedora con una gran cama

con dosel que tenía sábanas de seda y cojines mullidos. Unas cortinas pesadas de terciopelo cubrían las ventanas. Era una habitación amplia y luminosa.

—Espero que se sienta cómoda aquí, milady —dijo el conde, mientras ella entraba en la habitación y miraba a su alrededor.

Bella se volvió hacia Alexander y sonrió.

—Gracias, milord. Es más de lo que podría haber soñado —dijo ella, sus ojos brillando con emoción—. Es... es maravilloso.

El conde se acercó a ella, tomando sus manos en las suyas.

—Nada de esto es suficiente para agradecerle todo lo que ha hecho por mí y por mi tripulación, milady —dijo con sinceridad.

Anabella sintió su corazón acelerarse al mirar a los ojos de Alexander. Había una intensidad en su mirada que la hacía sentir protegida y... ¿amada? ¿Acaso eso podría ser posible?

—Le prometo que la protegeré de lord Borbury y de cualquier otra amenaza que se presente —continuó él—. No permitiré que le hagan daño.

—No quiero que lord Borbury le haga daño, milord —le confesó asustada.

Él esbozó una seductora media sonrisa.

—No le tengo miedo, milady. De hecho, él sí debería temerme.

Bella puso los ojos en blanco.

—Por momentos olvido que usted es Cresta Negra, el temible pirata de los mares. ¿Sabe? Esa confianza podría destruirlo.

—Debe saber una cosa, milady, siempre protejo las personas que me importa.

¿Ella le importaba? Tragó saliva. Alexander se acercó más a ella, sus ojos grises se llenaron de preocupación y algo más profundo.

—Quiero que me prometa que no saldrá de esta casa sin compañía. Mis enemigos también podrían intentar hacerle daño. Y si algo malo le sucediera, yo…

—Lo prometo —terminó la oración Bella, sintiendo el calor de su presencia tan cerca.

En ese momento, Alexander levantó una mano y le apartó suavemente un mechón de cabello del rostro. Sintió su piel arder cuando la rosó con sus dedos. Sus miradas se encontraron y, en un impulso irresistible, Alexander inclinó la cabeza y Bella se acercó más a él, se levantó de puntillas y lo besó. El beso fue suave y dulce al principio, una exploración tímida y llena de emoción contenida. Anabella sintió que todo su ser se derretía bajo el toque de sus labios. Cerró los ojos, entregándose al momento, olvidando por un instante todos los miedos y peligros que los rodeaban.

Alexander profundizó el beso, sus manos se deslizaron por su espalda y bajaron suavemente hasta hundirse en sus muslos y los apretó. Él sonrió al notar su reacción de sorpresa.

—Milord… —masculló ella.

Se separaron, ambos estaban respirando con dificultad. Alexander la miró con intensidad.

—Lo siento, quise hacerlo desde el momento en que la vi con esos pantalones y no pude contenerme.

Bella parpadeó.

—¿Quiso apretarme el trasero? —preguntó confusa.

—Parece un almohadón mullido.

—¿Y eso es bueno?

Él simplemente se rió.

—¿Por qué se ríe, milord? —cuestionó molesta.

—Nunca cambies, cariño.

—¿Qué cosa no debo cambiar? Buen Dios, milord, no hace otra cosa que confundirme —gruñó.

Alexander le acarició una mejilla y le dio un beso tierno en la frente.

—Descansa, Bella. Estaré cerca si me necesitas. —dijo, dándole una sonrisa tranquilizadora antes de salir de la habitación.

Anabella se quedó sola en la alcoba, tocando sus labios aún sensibles por el beso y con su corazón latiendo con fuerza.

CAPÍTULO 16

EL REGRESO a Londres no era solo un asunto de resolver su pasado, sino una cuestión de justicia para su padre y para sí mismo. Con la carta de su padre había confirmado sus sospechas de que había sido asesinado, y se embarcó en una búsqueda para descubrir la verdad sobre su muerte. Alexander había vuelto a revisar las pertenencias de su padre y había hallado una lista de contactos a los que había recurrido.

Descubrió que ellos trabajaban para su padre y habían averiguado que había sido envenenado. Los detalles del veneno y su administración eran escalofriantes, confirmando sus peores temores: el asesinato había sido planificado y ejecutado por alguien cercano, que le ponía el veneno en la comida. Conocía a todos los criados y dudaba que alguno de ellos hubiera participado en esto. Le restaba averiguar si su padre había contratado un empleado nuevo en los últimos meses.

Alexander sabía que no podía hacerlo solo. Necesitaba la ayuda de alguien con conexiones y recursos en la alta sociedad y en las sombras del poder. Necesitaba de un experto para seguir los rastros del baronet Terkebean. Por eso decidió buscar a su viejo amigo, el vizconde Devontrille.

El vizconde Devontrille, era un hombre elegante con una mirada aguda y una mente aún más afilada, era un agente secreto que trabajaba para la corona. Después de que hubiera quedado mal de su pierna durante la guerra, seleccionaba su trabajo con cuidado. Conocía los secretos y las intrigas de la nobleza como pocos. Cuando Alexander llegó a su residencia, Devontrille lo recibió con una mezcla de sorpresa y preocupación. No era usual que lo vieran en Londres.

—Alexander, es un placer verte después de tanto tiempo. Lamento la muerte de tu padre, en ese momento no me encontraba en Londres para asistir al funeral —dijo Devontrille, estrechando su mano.

—No te preocupes por eso Devon, el funeral fue al rápido —replicó él.

—Me temo que tu visita no es solo social ¿verdad?

Alexander asintió con una expresión de urgencia.

—Necesito tu ayuda, Devon. Mi padre fue asesinado y estoy convencido de que el baronet Terkebean está detrás de ello —le contó.

El vizconde lo miró con interés.

—Terkebean, dices —repitió sacudiendo la cabeza—. El baronet tiene muchas conexiones oscuras, incluyendo el tráfico de esclavos. Si él está detrás de la muerte de tu padre, no será fácil de desenmascarar.

Los dos hombres se sentaron en el estudio de Devontrille, rodeados de libros y mapas. Alexander explicó lo que había descubierto hasta ese momento, incluyendo las amenazas que su padre había recibido y las investigaciones que había llevado a cabo.

—Necesito pruebas sólidas —dijo Alexander—. Algo que pueda usar para derribar a Terkebean de una vez por todas.

Devontrille asintió, pensativo.

—Conozco a algunas personas que podrían ayudarnos. Pero esto no será fácil, Alexander. Terkebean tiene poderosos aliados y muchos recursos. Llevo años tratando de atraparlo y aún no lo he podido conseguir.

—Lo sé, pero no puedo quedarme de brazos cruzados —respondió Alexander—. Mi padre merece justicia y hay muchas vidas en juego.

El vizconde comenzó a delinear un plan.

—Primero, debemos identificar a los cómplices de Terkebean y rastrear sus actividades. Podemos utilizar a mis contactos dentro de la corona y de los bajos fondos de Londres. Necesitaremos pruebas irrefutables para encontrar su localización.

Alexander asintió. Sabía que mientras más cerca estuviera para atraparlo, el baronet usaría sus artimañas para atacarlo. Y atacarlo donde más le doliera. De repente, lady Anabella vino a su mente.

—Y también debemos asegurarnos de que lady Anabella esté segura —le pidió a su amigo —. No puedo permitir que se convierta en otro objetivo más del baronet.

—¿Lady Anabella? —repitió, alzando una ceja.

—Ella es un polizonte que se metió en mi barco y tanto mi tripulación y yo le hemos tomado cariño —le explicó—. Lady Anabella estaba huyendo de su prometido, lord Borbury.

—¿Lord Borbury era su prometido?

—Así es. ¿Acaso tienes alguna información sobre él? porque me gustaría darle una buena lección a ese malnacido.

—¿Conque tú eres la persona que secuestró a su prometida? —se mofó el vizconde.

El conde se reclinó en la silla.

—Yo no he secuestrado a nadie.

—Eso no es lo que se rumorea en los salones. Lord Borbury está gritando a los cuatro vientos que han secuestrado a la novia —se inclinó hacia él y añadió—: Aunque todos creen que lo mejor que le pudo pasar a esa muchacha en que la hayan secuestrado.

—¡Por los clavos de Cristo, Devon! Te he dicho que no la he secuestrado.

Devontrille sonrió.

—Un polizonte a atrapado al temible Cresta Negra.

Devon era la única persona entre sus amigos de la nobleza que conocía su otra identidad. Muchas veces lo había ayudado a librarse de algunos asuntos legales. Él miró a sus costados y se aseguró de que nadie le hubiera escuchado decir su nombre.

—Sabes que no me gusta que me llames así cuando estoy en Londres.

—Lo siento, no volverá a repetirse.

Él inclinó la cabeza.

—Gracias —dijo—. Y con respecto a lady Anabella…

—No te preocupes, Alexander —repuso—. Tu dama estará a salvo, te lo prometo. Ahora, manos a la obra.

Con un plan en marcha, Alexander y Devontrille se prepararon para la batalla que se avecinaba. Sabían que enfrentarse a Terkebean no solo significaba una venganza personal, sino también luchar contra un sistema corrupto que permitía el tráfico de esclavos y otras atrocidades.

CAPÍTULO 17

LA VIDA en Londres había traído consigo una mezcla de ansiedad y tristeza para lady Anabella. Aunque la protección de Alexander le brindaba seguridad, la monotonía de estar confinada en la casa comenzaba a pesarle. Ansiaba la libertad y la emoción que sentía cuando navegaba en el Ave Nocturna, aunque fuera por una noche. La tripulación solía visitarla en vez en cuando pero no era lo mismo que convivir con ellos.

Derek era el único de la tripulación que se quedaba permanentemente en la casa del conde. Él se encargaba de su seguridad cuando Alexander no estaba. Y era un verdadero sufrimiento quedarse con él. No había permitido que Lengua Cortada le hiciera compañía. Todavía no comprendía de donde venía ese desprecio que Derek sentía por ella.

Una mañana, mientras tomaban el desayuno, Anabella observó cómo Alexander recibía una carta. La abrió, y ella pudo ver cómo sus ojos se iluminaban, pero mantuvo su cautela para no alarmarla. Una extrema cautela que había mantenido desde después del beso que se habían dado. Él actuaba como si nada hubiera ocurrido.

—Es una invitación a un baile de máscaras para esta noche —comentó Alexander, enseñándole la carta.

Bella se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa y sintiendo curiosidad por la elegante invitación.

—¿Podemos ir? —preguntó con entusiasmo—. Me gustaría salir de la casa, aunque solo sea por un rato —le imploró.

Alexander la miró desconcertado, al mismo tiempo que parecía reflexionar la propuesta. Sabía que su situación en Londres era peligrosa, pero también necesitaba romper la monotonía.

—Es arriesgado de que salga de la casa, milady —respondió, pensativo. Luego añadió al notar la decepción de su rostro—: Pero podría ser una buena oportunidad para obtener información sobre el baronet Terkebean. Asistiré al baile y tú vendrás conmigo, pero debes prometerme que serás cuidadosa y no te apartarás de mi lado.

Anabella soltó un grito de emoción y asintió con un frenético movimiento de cabeza.

—Lo prometo. Seré muy cuidadosa, milord. No se librará de mí tan fácilmente.

Alexander soltó una risa baja, y Anabella notó cómo la tensión en sus hombros se relajaba un poco.

—Más le vale, milady. No quiero pasar la noche buscándola entre máscaras y disfraces.

—Y yo no quiero perderme la diversión por quedarme atrapada en una esquina —replicó ella, disfrutando del intercambio—. Además, siempre he querido ver cómo se maneja un pirata en un baile.

Alexander arqueó una ceja, una sonrisa traviesa curvó sus labios, y Bella sintió un cosquilleo en el estómago.

—¿Acaso duda de mis habilidades en la pista de baile, lady Anabella?

—No, pero será interesante ver si puede mantener el ritmo conmigo —contestó Bella, levantándose de la mesa con una elegancia juguetona.

Alexander se levantó también, extendiendo una mano hacia ella, y Anabella sintió una corriente de electricidad cuando sus dedos se tocaron.

—Será un desafío que aceptaré gustosamente —la provocó—. Preparase, milady. Esta noche será inolvidable.

Anabella tomó su mano sin dejarse amedrentar. La promesa de una noche de aventura hacía que su corazón latiera con fuerza.

—No puedo esperar, milord —dijo ella.

La tarde transcurrió con una gran expectación. Bella se preparó con esmero con la ayuda de una doncella que el conde había dispuesto para ella. Alexander le había llevado un par de vestido para que escogiera y ella eligió un vestido de seda azul oscuro que acentuaba su figura y una máscara a juego que ocultaba su identidad. Mientras se miraba en el espejo, no pudo evitar pensar en su familia. Como la mayor de cuatro hermanas, siempre había sentido la responsabilidad de protegerlas y guiarlas. Ahora, en Londres, y no poder estar cerca de ellas, se preguntaba cómo estarían y si las volvería a ver pronto.

Alexander, por su parte, había optado usar un elegante traje negro y una máscara dorada que cubría la mitad superior de su rostro para asistir al baile. Cuando estuvieron listos, ambos se miraron en el espejo del vestíbulo, compartiendo una sonrisa cómplice.

—Luce hermosa, Bella —dijo el conde, ofreciéndole su brazo.

—Y usted muy apuesto, milord —respondió ella, sintiendo una mezcla de nervios y emoción por salir de la casa después de tantos días de encierro.

La mansión donde se celebraba el baile estaba iluminada con cientos de lámparas y antorchas, creando un ambiente mágico y misterioso. Al entrar, Anabella se sintió transportada a un mundo de elegancia y secretos que serían ocultados tras las máscaras.

Los ojos vigilantes de Alexander recorrían la multitud en busca de cualquier señal de peligro o información útil. Ella apreciaba su protección, pero también anhelaba disfrutar de la noche.

—¿Se encuentra bien, milady? —preguntó Alexander.

—Sí, solo un poco abrumada —respondió Bella, apretando suavemente su brazo—. Todo esto se ve tan diferente a lo que recordaba. Creo que preferiría un baile relajado en el Ave Nocturna.

—Lo sé —dijo él—. También prefiero la tranquilidad del océano.

Anabella asintió, sintiendo un poco más de calma. Aunque la nostalgia por su familia seguía presente. Ella sabía que sus hermanas se habrían maravillado con la opulencia del lugar y

habría querido contarles cada detalle.

—¿En qué piensa, milady? —preguntó Alexander, notando su expresión.

—En mis hermanas. Soy la mayor de cuatro, y siempre me he sentido responsable por ellas. —contestó con una sonrisa melancólica—. Desearía que pudieran ver esto.

—Estoy seguro de que sus hermanas estarían muy orgullosas de usted —dijo Alexander con suavidad—. No todos son tan valientes para hacer lo que usted hizo, milady.

Alexander sujetó su mano y la guió hacia una esquina más tranquila, lejos del bullicio principal. Tomó una copa de champán de una bandeja y se la ofreció.

—A sus hermanas, milady —brindó Alexander.

—A mis hermanas —repitió Anabella, sintiendo el calor de las lágrimas que amenazaban con brotar, pero manteniéndose firme.

CAPÍTULO 18

EL AMBIENTE en el baile de máscaras era vibrante y lleno de misterio. Las identidades se ocultaban detrás de un disfraz. Anabella se sentía atrapada en un mundo de luces parpadeantes, música elegante y murmullos susurrados detrás de máscaras elaboradas con plumas y perlas. Mientras se movía entre los invitados con Alexander, no pudo evitar sentirse libre de etiquetas, algo poco común cuando se asistía a un baile de un duque.

De repente, una figura familiar llamó su atención. El corazón le dio un vuelco. Fiona, su querida amiga, estaba allí, su máscara adornada con plumas negras y seda oscura. Sacudió la cabeza. Típico de Fiona, en un acto de rebeldía desde que había debutado en sociedad, vestía con luto. Sintió felicidad después de tantos días sin ver un rostro familiar. Se apartó de Alexander a pesar de sus quejas, pero aún sentía sus ojos en su espalda, y se acercó a Fiona con discreción, tocando suavemente su brazo.

—Fiona… —susurró Anabella.

Fiona se volvió y sus ojos se abrieron de par en par al verla.

—¿Bella? ¡Bella! No puedo creer que estés aquí —exclamó, estrechándola con un abrazo —. Te hacía en América disfrutando de tu libertad. ¡Oh, por Dios! Cariño luces preciosa.

Anabella le pidió que bajara la voz, que nadie podía saber que estaba en Londres. También le explicó que se había subido al barco equivocado cuando ellas la ayudaron a escapar.

—¿Lidia también ha venido? —quiso saber Bella, buscándola entre los invitados.

—No, ella no está en Londres, se ha ido a Escocia.

—¿Escocia? ¿Qué está haciendo en Escocia?

—Ha ido a Escocia como institutriz.

Ella parpadeó.

—¿Institutriz?

—Ya sabes cómo es Lidia, cuando se le mete algo en la cabeza no para hasta obtenerlo.

—Ella se parece a ti.

—Y a ti —replicó lady Fiona.

—¿Has visto a mi familia? —preguntó Bella preocupada—. ¿Lord Borbury le ha hecho daño?

—Ellos están bien, he ido a visitarlos para tranquilizarlos —respondió—. Lord Borbury ha hecho correr el rumor que te han secuestrado, pero esa es una mentira que ni él se lo cree.

Bella abrazó otra vez a Fiona.

—Gracias por ocuparte de mi familia.

—Pero… ¿qué me dices de ti, cariño? ¿Dónde estás parando? ¿Te han hecho daño?

Anabella negó con la cabeza.

—Nadie me ha lastimado, afortunadamente caí en buenas manos —respondió—. Estoy con el conde Alexander Blackwood, pero debes guardar el secreto. Él me ha estado protegiendo —se limitó a decir, evitando mencionar a Cresta Negra.

Fiona asintió, comprendiendo.

—He oído hablar de él. Sé que su familia es dueña de una gran flota y suele viajar mucho.

Si supiera que Alexander era el mismísimo Cresta Negra.

—Pero, Bella, tienes que tener cuidado —le pidió Fiona—. Lord Borbury, también está aquí en el baile. Todavía te está buscando y tu familia sigue preocupada por ti.

El corazón de Anabella se aceleró al escuchar el nombre de su prometido.

—Gracias por decírmelo, Fiona. Entonces no puedo quedarme mucho más en el baile.

Fiona le dio un apretón de manos.

—Cuídate, Bella. No puedo perderte de nuevo. ¿Seguirás en Londres? Debemos vernos para que me lo cuentes todo.

Bella le dio un beso rápido en la mejilla.

—Yo te buscaré…

Anabella decidió tomar un poco de limonada antes de regresar a un lado de Alexander. Mientras se dirigía hacia la mesa de las bebidas, su mente estaba ocupada con las advertencias de Fiona. De repente, sintió una presencia familiar y temida. Lord Borbury estaba frente a ella, su máscara no podía ocultar la intensidad de su mirada.

—¡Anabella! —rugió él, su voz llena de asombro y furia—. Te he estado buscando por todos lados, mujer ingrata.

El miedo paralizó a Anabella por un momento, pero antes de que pudiera responder, Alexander apareció a su lado.

—Disculpe, milord —dijo Alexander, con una calma autoritaria—. Creo que está confundiendo a mi acompañante con otra persona y será mejor que se dirija a ella con respeto.

Borbury frunció el ceño, su mirada pasando de Alexander a Anabella.

—No, estoy seguro de que es ella —replicó—. Su cabello… Quítate el antifaz.

El terror que sentía en ese momento le había quitado el habla. Ella no podía regresar con esa bestia. Él la había descubierto y ya no tenía escapatoria. Alexander se interpuso entre los dos y sujetó la mano de lord Borbury cuando este quiso sujetarla del brazo para reclamarla como su propiedad. El conde en ningún momento perdió su expresión tranquila y protectora.

—Esta dama es mi prometida, y le aseguro que no es quien usted cree. Le sugiero que se retire antes de causar un escándalo innecesario —le advirtió—. Y le sugiero que no me haga enfadar.

La seguridad en la voz de Alexander hizo dudar a lord Borbury. Finalmente, con una mirada de sospecha, se alejó, murmurando algo entre dientes.

Anabella dejó escapar el aliento que había estado conteniendo, su corazón latiendo frenéticamente.

—Gracias, milord —murmuró con un hilo de voz—. No sé qué hubiera hecho si usted no hubiera aparecido. Pero dudo que lord Borbury se haya tragado ese cuento. Él no se quedará tranquilo después de esto.

—No permitiré que lord Borbury se le vuelva a acercar, milady.

—Usted no lo conoce… él…

Alexander la llevó a un lugar más apartado, donde podían hablar sin ser escuchados.

—Conozco mejor que nadie a esa clase de hombres, y le aseguro que usted no se casara con él. Pero esto es demasiado peligroso, milady. No podemos permitir que la vean de nuevo. Debemos irnos.

Anabella asintió.

—Sí, es lo mejor.

Mientras salían del baile, Alexander la mantuvo cerca, rodeándole la cintura con un brazo. A su lado sentía que ni el mismísimo Napoleón podría hacerle daño. En el carruaje de regreso, Alexander tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de ellas.

—Prometo que no dejaré que le hagan daño, milady.

Anabella levantó la mirada, encontrando sus ojos. En ese momento, el mundo exterior desapareció, y solo existían ellos dos en el pequeño espacio del carruaje.

—Lo sé —respondió ella en un susurro—. Confío en ti, Alexander.

Él se inclinó hacia ella, y sus labios se encontraron en un beso. Anabella cerró los ojos, dejándose llevar por la ternura del momento, sintiendo que todo su ser se fundía con el pirata que había robado su corazón. Alexander apoyó su frente contra la suya y susurró:

—No estás sola, cariño.

Anabella sonrió y una lágrima rodó por su mejilla. Se recostó ligeramente, apoyando su cabeza en el hombro de Alexander, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, podía relajarse.

CAPÍTULO 19

DESPUÉS del tenso encuentro en el baile de máscaras, Alexander sabía que necesitaba actuar con rapidez. La situación era peligrosa no solo para él, sino también para Anabella y todos los que dependían de su protección. Decidió reunirse con el vizconde Devontrille para discutir los siguientes pasos en su plan.

La mañana era fría y brumosa cuando Alexander llegó a la residencia del vizconde. Fue recibido rápidamente y conducido al estudio, donde Devontrille lo esperaba con una expresión seria. Sabía que no recibiría buenas noticias.

—Alexander, es bueno verte —dijo Devon, ofreciéndole una copa de brandy—. Tenemos mucho de qué hablar.

Alexander aceptó la copa y se sentó en el sofá que estaba cerca de la chimenea, sintiendo el peso de la conversación que estaba por venir.

—¿Qué has descubierto? —prefirió ir directo al grano.

Devon tomó un sorbo de su copa antes de responder.

—He recibido información preocupante —dijo—. El baronet Terkebean tiene un infiltrado en tu tripulación.

Las palabras golpearon a Alexander como una bofetada.

—¿Un infiltrado en mi tripulación? —repitió—. ¿Quién podría ser? Mis hombres siempre han sido leales.

—No lo sé con certeza —respondió Devon—, pero hay algo que podría ayudarnos a identificarlo. Los hombres de Terkebean llevan un anillo con un trébol. Es una insignia que usan para reconocerse entre ellos.

Alexander frunció el ceño, tratando de recordar si había visto a alguien en su tripulación con un anillo así.

—No recuerdo haber visto a nadie con ese anillo, pero estaré más atento —repuso—. No puedo permitir que alguien así ponga en peligro a mis hombres.

Devon apoyó el codo en el reposabrazos del sofá, al tiempo que hacía girar el líquido ambarino de su copa.

—Es crucial que encuentres a ese traidor antes de que cause más daño —le advirtió—. Sabes lo que significa tener un infiltrado en tu tripulación ¿verdad? El maldito podría develar tu identidad. La situación es delicada, y necesitamos todas las manos leales para enfrentar a Terkebean.

Alexander se levantó, decidido.

—Voy a regresar al barco y comenzaré a investigar. No diré nada a mis hombres por ahora, pero prestaré más atención a sus comportamientos y buscaré el anillo del trébol.

Devontrille lo miró con seriedad.

—Ten cuidado, Alexander. Este traidor podría ser alguien en quien confías. No permitas que la desconfianza te ciegue, pero mantente alerta.

Alexander asintió, entendiendo la gravedad de la situación.

—Lo haré. Gracias, Devon. Nos mantendremos en contacto.

Durante los siguientes días, Alexander observó atentamente a su tripulación, buscando cualquier señal de traición. Cada gesto, cada palabra y cada mirada eran analizados con cuidado. No quería creer que alguno de sus hombres pudiera ser un espía, pero sabía que no podía permitirse el lujo de la ingenuidad. La lealtad era la base de su éxito como líder, y una grieta en esa base podría ser fatal.

Una noche, mientras revisaba los registros de la nave en su camarote, Alexander notó algo extraño en uno de los informes. Una discrepancia que no había visto antes: las fechas y los detalles de una transacción no coincidían con los registros previos. Era una pequeña pero alarmante inconsistencia. Decidió investigar más a fondo, sabiendo que cada pista podía ser crucial.

Al día siguiente, comenzó a observar más de cerca a Derek, su mano derecha. Aunque no quería desconfiar de él, sabía que debía considerar todas las posibilidades. Derek siempre había sido leal, pero también era el que más acceso tenía a la información sensible. Alexander se movía con cautela, asegurándose de que su investigación no levantara sospechas.

Para borrar todas sus dudas, decidió poner a prueba a Derek, asignándole tareas que le darían acceso a información menos crítica, observando cómo manejaba la situación. En varias ocasiones, fingió dejar documentos importantes descuidados, esperando ver si Derek mostraría algún interés inapropiado. Para su sorpresa y alivio, Derek no mostró signos de traición. Sin embargo, Alexander sabía que el verdadero traidor podría estar operando con más sutileza.

CAPÍTULO 20

DESPUÉS del baile de máscara Alexander se había mostrado bastante distante con Bella. Creyó que se había vuelto a arrepentir del beso que se habían dado de regreso. Era la segunda vez que volvía a hacer lo mismo. Estaba pensando que el conde solo lo había hecho por diversión. En el fondo él era un pirata ¿qué más podía esperar? Se hundió en el sofá y resopló. El problema era que ese maldito pirata ya le había robado el corazón.

—¿Quieres más té, Lengua Cortada? —le ofreció Bella.

Él asintió y ella le agregó más té a su taza.

Alexander le había pedido a Lengua Cortada que le hiciera compañía mientras él no estaba en la casa. Eso significaba que Lengua Cortada había pasado los últimos días a su lado. Tenía la sensación de que algo no andaba bien, de que algo estaba pasando. Hasta había noches que Alexander dormía en Ave Nocturna.

—He estado considerando la posibilidad de ir a la India con ustedes —comentó ella—. Claro, después de que el capitán arregle sus asuntos y ustedes me acepten en su tripulación.

Lengua Cortada le sonrió y le hizo una seña de que estarían encantados de que los acompañara. Bella no sabía por cuanto tiempo debía estar alejada de su familia, pero mientras tanto debía planificar su vida.

—¿Crees que el capitán está cerca de atrapar al baronet? —intentó sacarle un poco de información.

Lengua Cortada se encogió de hombros, sin arrojarle ningún indicio. Bella le acercó el plato con las galletas de jengibre para que tomara una.

—¿Acaso no es esa la razón por la que él pasa poco tiempo en su casa? —insistió.

Lengua Cortada se llevó una galleta a la boca y la masticó despacio, tan despacio que entró a desesperarse. Ella se inclinó hacia él y le arrebató de la mano lo que le restaba de la galleta.

—Si quieres más de estas, deberás darme más información —se quejó—. Se supone que en la tripulación no hay secretos —alzó el mentón y agregó—: Considero ser uno más de ustedes.

En el momento preciso que creyó tener a Lengua Cortada acorralada, las puertas del salón se abrieron en par en par. Derek apareció con una sonrisa que abarcaba todo su rostro. Él se llevó las manos a la espalda cuando la encontró con la mirada.

—Tiene visitas, milady —le anunció Derek.

Bella arrugó el entrecejo.

—¿Visitas?

Ella no estaba esperando a nadie. Tal vez Fiona le había ganado la impaciencia por querer verla y tomó la iniciativa. De cualquier modo, le daba ilusión ver a Fiona. Se levantó del sofá para recibirla, pero se detuvo de golpe y su rostro se endureció. La figura imponente de lord

Borbury apareció en el umbral. Sus ojos, llenos de ira se fijaron en Anabella, quien se quedó paralizada al verlo.

Ella se volteó hacia Derek.

—¿Sabes quién es él?

Derek sujetó la taza que ella había estado tomando su té y bebió un sorbo.

—Él es lord Borbury —respondió tranquilamente.

Lengua Cortada abrió grande los ojos al darse cuenta quien era y se levantó del sofá, pero Derek no le dio tiempo a que lo hiciera al derribarlo con un puñetazo en su mandíbula.

—¡¿Qué has hecho Derek?!

Derek la sujetó del brazo y le impidió que se acercara a Lengua cortada. Se suponía que Alexander le había encargado que debía protegerla de su prometido.

—Sabía que eras tú cuando te encontré en el baile —dijo Borbury, su voz gélida—. No puedes escapar de tu destino, cariño.

Bella trató de librarse de las manos de Derek, pero él la apretó con más fuerzas. Ella alzó la vista y lo miró a la cara.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó.

Derek se tocó el bolsillo de su chaqueta donde sobresalía un bulto.

—Por la paga, cielo.

¡Nunca debió haber confiado en piratas!

—¡Has traicionado al capitán! ¡Has traicionado a tu tripulación! —chilló ella.

Lord Borbury se le aproximó y la sujetó de la barbilla.

—Debes cumplir con el trato que hizo tu padre —le ordenó—. Si no te casas conmigo, entonces no me quedará más remedio que casarme con tu hermana.

El corazón de Anabella se hundió al escuchar esas palabras. No podía permitir que su hermana sufriera las consecuencias de sus acciones.

—¡Mis hermanas son más jóvenes que yo! —rugió.

—Tal vez sus hermanas den menos problemas que usted.

—¡Usted es el ser más despreciable que he conocido!

—Hasta me estoy tentado por tener carnes más tiernas.

Ella sintió ganas de vomitar. Por ningún motivo dejará que ese hombre asqueroso les pusiera un dedo a sus hermanas. Con el rostro pálido y los ojos llenos de lágrimas, Bella respondió:

—Está bien, me casaré con usted —aceptó con la voz temblorosa—. Solo por favor, no les haga daño a mis hermanas.

Lord Borbury le hizo una seña a Derek para que la soltara.

—Si sabes comportarte y no haces ningún escándalo, su familia no sufrirá ninguna consecuencia por la humillación que me hizo pasar por haber huido.

Ella tuvo que tragarse su orgullo y aceptó irse con él por las buenas. Miró a Lengua Cortada de reojo y rogó que despertara justo a tiempo para avisarle a Alexander de lo que había pasado. Y decirle que había un apestoso traidor en su tripulación.

Derek le abrió la puerta del carruaje y le sonrió cínicamente.

—Alexander nunca te lo perdonará —murmuró Bella.

—Alexander tiene sus horas contadas, milady.

CAPÍTULO 21

ALEXANDER y el vizconde Devontrille se dirigían al bullicioso mercado de Londres. La información que habían reunido les indicaba que el baronet Terkebean tenía tratos con contrabandistas allí, y esperaban interceptarlo antes de que pudiera escapar de nuevo. Ya era un gran avance saber que el baronet se hallaba en Londres.

El mercado era un hervidero de actividades ilegales, con vendedores pregonando sus mercancías y compradores regateando por buenos precios. El aire estaba cargado con una mezcla de olores: especias exóticas, pescado fresco y el inconfundible aroma de la ciudad. Alexander y Devontrille avanzaban con cautela, manteniendo sus identidades ocultas.

—Debemos ser discretos —dijo Devon, ajustando su capa para ocultar mejor su rostro—. No sabemos quién podría estar vigilándonos.

Alexander estuvo de acuerdo y su mirada afilada recorrió la multitud en busca de algún movimiento sospechoso.

—Terkebean no debe escapar otra vez —repuso el conde—. Debe pagar por todo el daño que ha causado.

Mientras se movían entre los puestos, Alexander aumentaba su guardia. El bullicio del mercado parecía amortiguar sus pasos mientras buscaban a su objetivo. Devon lo detuvo apoyándole una mano en el pecho y le indicó con su barbilla que mirara a su derecha. Finalmente, ellos habían logrado dar con Terkebean. El baronet estaba de pie junto a un grupo de contrabandistas, discutiendo en voz baja. La postura de Alexander se endureció al ver a su enemigo.

Se acercaron lo suficiente para escuchar fragmentos de la conversación.

—...el envío debe salir esta noche. No podemos permitir ningún retraso —decía Terkebean, su voz llena de autoridad.

Uno de los contrabandistas asintió.

—Todo está listo, señor. Los esclavos serán embarcados y entregados según lo planeado.

Alexander sintió una oleada de ira al escuchar esas palabras. La confirmación de que Terkebean estaba involucrado en el tráfico de esclavos le dio más razones para detenerlo. Le hizo una señal a Devon para que se preparara. Su amigo entendió al instante y se posicionó estratégicamente, listo para actuar.

—Tenemos que actuar ahora —susurró Alexander, preparándose para intervenir.

Justo cuando estaban a punto de acercarse, Terkebean levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Alexander. El reconocimiento fue inmediato y la sorpresa en el rostro del baronet dio paso a una sonrisa torcida.

—¡Nos han descubierto! —gritó Terkebean, dando la señal para huir.

El mercado estalló en caos cuando los contrabandistas y Terkebean comenzaron a correr. Alexander y Devon los persiguieron, empujando a un lado a los compradores y vendedores que se interponían. La multitud se dispersó, creando obstáculos que les dificultaban la visual.

—¡No dejes que se escape! —gritó Devon, su capa ondeando mientras corría detrás de Terkebean.

Alexander lo seguía de cerca con la urgencia de detener a Terkebean. Pero el baronet era rápido y conocía bien los callejones del mercado. En un giro rápido, desapareció entre las sombras, dejando a Alexander y a Devon frustrados y sin aliento.

Se detuvieron, jadeando y mirando a su alrededor sin obtener rastros del baronet.

—Maldita sea, se nos ha escapó —maldijo Alexander, golpeando su puño contra una pared.

El vizconde, también respirando con dificultad, trató de calmarlo.

—No podemos rendirnos ahora. Al menos tenemos la confirmación de sus planes —le recordó—. Sabemos que el envío es esta noche. Podemos preparar una emboscada.

Alexander había dejado que la furia le nublara el juicio. Conocían los planes del baronet y ese era un punto que tenían a su favor.

—Tienes razón. Debemos reunir a nuestros hombres y estar listos para interceptar el envío. Esta noche pondremos fin a esto —sentenció.

De regreso al Ave Nocturna, Alexander reunió a su tripulación en la cubierta. La frustración por haber perdido a Terkebean era tan grande que sus hombres notaron su malhumor, pero la certeza de que tenían de atraparlo y vengar la muerte de su padre, además de la oportunidad de detener el tráfico de esclavos le dio un propósito renovado. Quería acabar con todo eso rápido y llevarse a Anabella lejos de Londres. Durante los últimos días había tratado de mantenerla al margen de sus problemas, demasiado tenía ya ella con lord Borbury. Pero ese era un tema que él se encargaría después.

—Escuchen… —dijo Cresta Negra, con voz firme y clara—. Hemos confirmado que el baronet Terkebean está detrás del tráfico de esclavos y que también es el responsable de la muerte de mi padre. Esta noche, intentará enviar un grupo de inocentes fuera de Londres. No podemos permitirlo.

Su tripulación escuchaba con atención y no se sorprendieron de que el baronet hubiera estado detrás de la muerte del anterior Cresta Negra.

—Nos prepararemos para esta noche —continuó Alexander—. Terkebean no escapará esta vez. Debemos estar listos para cualquier cosa. Dividiremos nuestras fuerzas y cubriremos todos los puntos de salida posibles. Nadie descansará hasta que Terkebean esté bajo nuestro control.

La tripulación respondió con un rugido de aprobación, y Alexander sintió un renovado sentido de esperanza. Mientras sus hombres se dispersaban para prepararse, él sujetó a Ronan de su brazo y le preguntó si Derek estaba con ellos.

—No, capitán —respondió Ronan—. Él se encuentra en su casa cuidando de lady Anabella junto a Lengua Cortada.

Alexander dejó que su hombre continuara con su tarea. Derek era su mano derecha y esa noche lo necesitaría más que nunca. Mandó a preparar su carruaje para ir por él y despedirse de lady Anabella por si las cosas no salían bien.

CAPÍTULO 22

ALEXANDER regresó a su hogar después de la conversación que había tenido con su tripulación, donde ellos se estaban preparando para tener un enfrentamiento con el baronet Terkebean. Entró al vestíbulo, su mirada recorrió la familiaridad de su hogar, en busca de Derek y también deseaba despedirse de lady Anabella, por si su enfrentamiento con el baronet terminaba mal. Se quitó la capa y el sombrero y lo colgó. Le resultó extraño que Bella no hubiera aparecido a recibirlo, lo hacía cada vez que llegaba, le gustaba recibir noticias del exterior.

Al no encontrarlos en el vestíbulo ni en el salón, decidió preguntar al mayordomo, quien se acercó con una ligera inclinación.

—¿Ha visto a Derek y a Lady Anabella? —preguntó Alexander, intentando ocultar su inquietud.

El mayordomo, con su habitual serenidad y pulcritud, respondió:

—Lady Anabella mencionó que necesitaban un respiro después de un día tan agitado, milord.

Maldita sea, ese no era un buen momento para que ella hubiera salido a dar un paseo.

—¿Ella ha salido de la casa sin compañía? —replicó preocupado.

—El señor Derek y el otro hombre que le dicen *Lengua Cortada* han ido con ella —contestó.

El mayordomo se dirigió a la puerta cuando golpearon y al abrir, una mujer joven vestida de luto y claramente agitada, irrumpió en la casa con una mezcla de furia y desesperación en sus ojos.

—¿Dónde está? —exigió, su voz llena de autoridad. Se detuvo delante de él y lo señaló con el dedo—. ¿Cómo pudo dejar que esto sucediera?

Alexander frunció el ceño, desconcertado. Ni siquiera conocía a la dama que lo estaba cuestionando.

—Disculpe, milady, pero no sé de qué está hablando —le hizo una seña a su mayordomo para que se preparara en sacar a la intrusa—. ¿Quién es usted?

La dama se detuvo, sorprendida por su respuesta.

—Soy lady Fiona, amiga de lady Anabella. Bella me dijo que estaba bajo su protección. ¿Por qué le ha soltado su mano?

Alexander sintió una punzada de alarma.

—Lady Fiona, lo siento, pero no sé por qué dice que le he soltado la mano a lady Anabella. Recién he llegado a mi casa. ¿Qué ha sucedido?

Lady Fiona lo miró con desesperación.

—Anabella se casará en unas horas con lord Borbury. Él la encontró y la obligó a irse con él. No puede dejar que esto suceda. Ella confiaba en usted para protegerla.

La noticia golpeó a Alexander como un rayo.

—¿Se casará con Borbury? —repitió desconcertado—. ¿Cómo es posible? Anabella estaba aquí, a salvo. Bajo la protección de mis hombres.

Lady Fiona estaba tan alterada que las palabras se le alborotaban en la boca.

—Lord Borbury la amenazó con hacer daño a su hermana si no se casaba con él. Anabella no vio otra opción y accedió. Pero ella esperaba que usted fuera a salvarla.

Alexander sintió una mezcla de ira y culpa.

—No permitiré que esto ocurra. Dime dónde será la boda y detendré esta locura.

Lady Fiona respiró aliviada.

—Se llevará a cabo en la residencia de lord Borbury, en las afueras de la ciudad. Debes darse prisa. No hay mucho tiempo.

Alexander asintió, su mente ya formulando un plan.

—Reuniré a mis hombres y partiremos de inmediato.

El baronet podía esperar.

CAPÍTULO 23

EL AVE NOCTURNA estaba en un estado de agitación mientras Alexander reunía a sus hombres. Les había anunciado de su cambio de planes. Ellos no dudaron un segundo de ir a rescatar a Bella de las manos de lord Borbury. El tiempo era esencial, y cada segundo que pasaba el destino de lady Anabella corría más peligro. Mientras caminaba por la cubierta, buscando a su mano derecha, Derek, lo encontró en la cocina, comiendo despreocupadamente.

—Derek, ¿dónde demonios has estado? —exclamó Alexander, entrando a la cocina con furia—. ¡Has dejado que se lleven a lady Anabella! ¿Acaso no planeabas decir nada?

Derek levantó la vista, masticando lentamente antes de responder con indiferencia.

—Ah, sí. Olvidé mencionarlo. Lord Borbury se la llevó esta mañana.

La rabia de Alexander se intensificó.

—¿Te olvidaste de mencionarlo? ¡Esto no es algo que puedas olvidar!

De pronto, Lengua Cortada los interrumpió agitado. Él tenía el rostro hinchado y lleno de sangre.

—¿Quién diantres te ha golpeado? —preguntó Cresta Negra.

Lengua Costado señaló a Derek con el dedo.

—¡Maldito Mudo! ¿Cómo has conseguido escapar? —bramó Derek.

En un arranque de furia, Alexander agarró a Derek por la camisa, empujándolo contra la pared. En el forcejeo, la camisa de Derek se rasgó, revelando un colgante con un anillo. El anillo llevaba la insignia de un trébol, el mismo símbolo que había mencionado Devontrille.

Alexander se quedó mirando el anillo, su mente trabajando a toda velocidad.

—Ese anillo... —dijo, su voz baja y peligrosa—. ¡Tú eres el traidor!

Derek dejó escapar una risa amarga, sabiendo que su secreto había sido descubierto.

—Muy bien, Alexander. Sí, soy el traidor —admitió—. He estado trabajando para el baronet todo este tiempo.

Alexander lo soltó, retrocediendo un paso.

—¿Por qué? ¿Por qué traicionaste a tu propia tripulación?

Derek se arregló la camisa, su expresión estaba llena de desprecio.

—Porque tu padre, el anterior Cresta Negra, arruinó los negocios de contrabando del baronet. Me enviaron para infiltrarme y asegurarme de que tú también pagaras el precio —contó orgulloso de su hazaña—. Y ahora, lady Anabella pagará el precio de que tú te hayas enamorado de ella. Un golpe que tú nunca te podrás perdonar. Ella arruinará su vida porque tú no pudiste protegerla.

Alexander sintió una oleada de asco y furia.

—Tú... tú fuiste el sinvergüenza que envenenó a mi padre ¿verdad?

Derek asintió, sin rastro de remordimiento.

—Sí. Fue un trabajo limpio y efectivo. Y tú nunca sospechaste nada.

La revelación cayó sobre Alexander como una losa.

—Has jugado con nuestras vidas todo este tiempo. Pero esto termina ahora.

Sin previo aviso, Cresta Negra lanzó un puñetazo a Derek, derribándolo al suelo. La rabia y el dolor por la traición lo enceguecieron. Derek intentó defenderse, pero Alexander estaba impulsado por una furia implacable.

La tripulación, atraída por el ruido, corrió a la cocina y se encontró con la escena. Varios piratas intervinieron, separando a Alexander y Derek antes de que las cosas fueran a peor.

—Llévenlo a la bodega y asegúrenlo bien —ordenó Alexander, su voz temblando de ira—. Derek es la rata que trabaja para el baronet. No permitiré que este traidor cause más daño.

Sus hombres sujetaron a Derek, llenándolo de maldiciones y algunas golpizas. Lengua Cortada se acercó a Derek y le arrancó su collar, luego se puso su anillo con la insignia de trébol y le dio un puñetazo en la mandíbula.

Su tripulación comenzó a reírse y arrastraron a Derek a la bodega, sin antes él gritar que el baronet acabaría con todos ellos. Una vez que el traidor estuviera asegurado en la bodega, Cresta Negra se dirigió a su tripulación, que estaba reunida en la cubierta.

—Señores, tenemos una misión urgente. Lady Anabella está en peligro y no tenemos tiempo que perder. Lord Borbury planea casarse con ella en unas horas. No podemos permitir que eso suceda.

Sus hombres, conscientes de la gravedad de la situación, asintieron y comenzaron a prepararse rápidamente.

Antes de partir, Alexander se dirigió a la bodega donde Derek estaba encerrado.

—¿Por qué Derek? ¿Por qué lo hiciste?

Derek que estaba maniatado en el suelo, alzó la vista y lo miró a los ojos.

—El baronet salvó mi vida, me quitó de las calles y haría cualquier cosa por él —respondió seguido de un escupitajo.

—No puedo creer que te haya apreciado como un hermano, y todo este tiempo fuiste una serpiente. Pero tu traición ha terminado. Mi padre tendrá justicia, y lady Anabella será rescatada —le aseguró.

Derek lo miró con una sonrisa sardónica.

—Buena suerte, Alexander —dijo burlón—. Te encontrarás con más obstáculos de los que imaginas.

Alexander no respondió. Cerró la puerta de la bodega con fuerza y salió, decidido a

cumplir su misión.

CAPÍTULO 24

LA MANSIÓN de lord Borbury se erguía imponente en medio de vastos terrenos, sus muros de piedra oscura y sus torres góticas proyectaban un paisaje lúgubre. Flores exóticas y enredaderas trepaban por los enrejados de hierro forjado, tratando de suavizar la severidad de la arquitectura, pero la atmósfera seguía siendo sombría.

En el interior, la decoración era igualmente grandiosa y sofocante. Pesadas cortinas de terciopelo oscuro cubrían las ventanas, permitiendo que solo un rayo de luz tenue entrara en las habitaciones. Los candelabros de cristal colgaban del techo, sus velas parpadeando débilmente, añadiendo un brillo melancólico a los muebles antiguos y a los retratos de antepasados que observaban desde las paredes con miradas severas.

En una de las habitaciones del piso superior, lady Anabella se encontraba preparándose para una boda que no deseaba. La atmósfera era tensa y llena de tristeza. Bella estaba sentada frente a un espejo, su reflejo mostrando resignación y dolor. Sus hermanas la rodeaban, tratando de ayudarla a vestirse y arreglarse. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, sabiendo el sacrificio que su hermana mayor estaba haciendo por la familia.

—Bella, esto no es justo —dijo una de sus hermanas, su voz temblando—. No deberías tener que hacer esto.

Anabella tomó la mano de su hermana, tratando de ofrecerle un consuelo que ni siquiera ella sentía.

—No tenemos otra opción, Dina. Si no me caso con lord Borbury, él se casará con alguna de ustedes. No puedo permitir que eso suceda.

Las hermanas de Anabella comenzaron a llorar, incapaces de contener su angustia.

—Pero tú mereces ser feliz, Bella. No deberías sacrificar tu vida así por nosotras.

Anabella sintió que su corazón se rompía al ver el dolor en los rostros de sus hermanas. Sabía que estaba haciendo lo correcto por ellas, pero eso no hacía que la carga fuera menos pesada. En unas horas se convertiría en la esposa de lord Borbury. Sintió un escalofrío recorrer por su espalda. Pensar en su noche de bodas la aterraba.

—Lo sé, cariño —murmuró Bella—. Pero mi deber es protegerlas, y esto es lo único que puedo hacer.

En ese momento, la puerta se abrió y la madre de lady Anabella entró en la habitación. Su expresión era de preocupación, pero también de pragmatismo.

—Anabella, tu prometido te está esperando —le avisó con voz firme—. Espero que esta vez no se te ocurra huir. Debes pensar en todas las cosas que tendrás ahora como su esposa. Seguridad, estabilidad, y una posición en la sociedad —le enumero.

A ella no le importaba ninguna de esas cosas. ¿Cómo su madre podía creer que podía ser feliz al lado de un hombre con lord Borbury? ¡Él era un hombre espantoso que había jodido a su

familia! Anabella se levantó, su vestido de novia cayendo en ondas de seda a su alrededor. Miró a su madre con ojos llenos de fuego.

—¿Y qué pasa con el amor, madre? ¿Qué pasa con la felicidad? ¿De qué me sirven todas esas cosas si no tengo amor?

¿Qué pasaba con el amor que ella sentía por el pirata que le había robado el corazón?

La madre de Anabella frunció el ceño, intentando mantener la compostura.

—El amor puede llegar con el tiempo, Anabella.

—Pero tú te casaste por amor con mi padre, madre —le recordó.

—¿De qué vale el amor cuando no tienes un plato de comida para darle a tus hijos? —replicó su madre—. Debes ser más práctica, Anabella. Lo importante es que cumplas con tu deber y asegures el futuro de nuestra familia.

Anabella negó con la cabeza, sintiendo una ola de desesperación y furia.

—No puedes forzar el amor, y no quiero vivir una vida sin él. Estoy sacrificando todo lo que soy por esta familia, pero no pidas que renuncie a mi corazón.

Su corazón era lo único que le permitiría soportar la vida que se le avecinaba. Reviviría una y otra vez sus aventuras en el mar.

La madre de Anabella la miró con una mezcla de tristeza y resignación.

—A veces, debemos hacer sacrificios por el bien mayor. Espero que algún día lo entiendas.

Bella sintió las lágrimas llenar sus ojos, pero se negó a dejarlas caer. Sabía que estaba atrapada, pero también sabía que su sacrificio era necesario para proteger a las personas que amaba.

—Haré lo que debo, pero no esperes que sea feliz por ello.

Anabella se dio la vuelta para que su hermana le entregara el ramo de flores y vio a la novía más triste en el espejo. Aunque su corazón estaba roto, su espíritu permanecía indomable. Una rebeldía que no sabía por cuanto tiempo duraría. Todavía dentro de ella corría una luz de esperanza de que Alexander haría todo lo posible por salvarla, pero en ese momento, debía enfrentarse a la cruda realidad de su sacrificio. Esperaba que Fiona hubiera podido encontrar a Alexander y deseaba con todas sus fuerzas que Derek pagara por lo que había hecho.

Mientras Anabella se dirigía al salón donde la ceremonia estaba a punto de comenzar, el miedo la invadió. Aunque la situación parecía desesperada, en su corazón mantenía una pequeña chispa de esperanza. Esperanza de que, de alguna manera, Alexander llegaría a tiempo para rescatarla. Las puertas del salón se abrieron y una alfombra roja la estaba esperando. Dina, su hermana, le sujetó la mano y entrelazó sus dedos enguantados con los suyos.

—Lo siento mucho, Bella —susurró mientras ingresaban al comienzo de su pesadilla.

En el salón, lord Borbury la esperaba con una expresión de triunfo apenas contenida.

Anabella levantó la barbilla, decidida a no mostrar miedo ante el hombre que planeaba arruinar su vida.

Con cada paso que daba, Bella se preparaba mentalmente para lo que estaba por venir, sabiendo que su sacrificio no sería en vano. Ella miró hacia la puerta por encima del hombro. Aunque la esperanza era tenue, se aferraba a ella, esperando que Alexander y su tripulación llegaran a tiempo para evitar lo inevitable.

CAPÍTULO 25

ALEXANDER lideraba a su tripulación hacia la residencia de lord Borbury. Con el sol comenzando a ponerse, las sombras de los hombres de Alexander se movían con la precisión y la velocidad de los piratas experimentados que eran. Sabían que el tiempo era esencial; la vida y la felicidad de Anabella dependían de ellos.

Al llegar a la residencia, Alexander y sus hombres no perdieron tiempo. Irrumpieron en la casa repentinamente que sorprendieron a los guardias de lord Borbury. La tripulación del Ave Nocturna se movió como una tormenta, despejando el camino hacia el salón donde se estaba llevando a cabo la boda.

—¿Por qué siempre tienen guardias en estos eventos? —murmuró Jack, uno de los piratas, mientras dejaba inconsciente a un guardia con un golpe bien dirigido.

—Supongo que no querían que nos perdiéramos la fiesta —replicó Ronan, riendo mientras desarmaba a otro guardia.

Justo cuando el sacerdote estaba por pronunciar las palabras que sellarían el destino de lady Anabella, la puerta del salón se abrió de golpe. Alexander y sus hombres entraron dando un espectáculo.

—¡Detengan esta boda! —gritó Alexander, su voz resonando en el salón.

Los invitados se volvieron con sorpresa y miedo, y lord Borbury se levantó furioso.

—¿Qué significa esto? ¡Salgan de mi casa inmediatamente!

—¡Lo siento, mi lord! —dijo Pete, otro de los piratas, con una sonrisa burlona—. No queríamos perdernos el pastel de bodas.

La tripulación de Cresta Negra avanzó, creando un semicírculo alrededor de Alexander mientras él se dirigía hacia Anabella, que estaba parada en el altar con los ojos muy abiertos. Él sacó una bolsa de joyas de su bolsillo y la arrojó a los pies del lord, guiñándole un ojo a Bella para que se tranquilizara.

—Aquí está el pago de la deuda del padre de lady Anabella —murmuró Alexander—. Ahora, suéltala.

Borbury miró la bolsa con avaricia, pero su expresión se endureció.

—Eso no es suficiente —expresó, alejando la bolsa de una patada—. Ella debe cumplir con el trato y casarse conmigo. ¡Su interrupción es una insolencia! ¡Guardias! —gritó, buscando desesperadamente apoyo.

—¿Guardias? —se burló Tomás, el cocinero del barco, levantando una espada—. Creo que ya hemos resuelto ese pequeño problema.

Alexander se volvió hacia lord Borbury. Su paciencia había acabado.

—Esta farsa termina aquí. No permitiré que se case con lady Anabella.

—No tiene derecho... —comenzó lord Borbury, pero Alexander lo interrumpió.

—Tengo todo el derecho. Lady Anabella no es un peón en sus juegos, y no permitiré que la arruine.

Aprovechando la distracción, Anabella intentó huir hacia Alexander, pero lord Borbury la sujetó del brazo con fuerza.

—No vas a ninguna parte, la ceremonia no ha acabado —gruñó—. Tu padre debe pagar su deuda, y tú eres el precio.

En ese momento, el padre de lady Anabella, que había estado observando la escena con remordimiento y tristeza, avanzó hacia su verdugo.

—¡Suelta a mi hija, maldito bastardo! —gritó, lanzando un puñetazo que impactó a lord Borbury en el rostro, haciéndolo retroceder y soltar a Anabella.

El padre de Anabella se volvió hacia Alexander.

—Gracias por pagar la deuda, haré todo lo posible para devolvérselo —regresó la vista a su hija y añadió—: Lo siento mucho, mi Bella. Nunca debí permitir que esto sucediera.

Anabella abrazó a su padre y los dos comenzaron a llorar.

—Todo está bien ahora, padre.

Alexander se acercó a lady Anabella, tomando su mano y mirándola con amor a los ojos.

—Bella, sé que todo esto se convertirá en un escando en pocas horas y lo que menos deseo es que tu reputación se vea manchada, cariño —expresó con suavidad—. Te amo y quiero que seas mi esposa. ¿Aceptarás casarte conmigo?

Anabella, con lágrimas de felicidad rodando por sus mejillas, asintió.

—Sí, Alexander. Acepto. Te amo.

—¡Esta es nuestra salida triunfal, señores! —dijo Jack con una carcajada, mientras el grupo se preparaba para salir del salón.

—Espero que alguien haya traído las cuerdas para amarrar al novio rechazado —añadió Ronan, con una sonrisa burlona.

Alexander extendió su mano hacia lady Anabella, y ella la tomó con firmeza.

—Vamos, Bella. Es hora de irnos de aquí y celebrar nuestra propia boda.

—Antes debes saber que Derek…

—Shh… cariño, ya lo sé todo.

—Lengua Cortada…

—Él está bien y se pondrá feliz cuando te vea.

CAPÍTULO 26

EL BARCO había sido decorado con flores y cintas a las corridas por los hombres de Cresta Negra, transformándolo en un escenario perfecto para una boda. La tripulación había trabajado arduamente para preparar el evento. Anabella se encerró en el camarote del capitán con sus hermanas y Fiona para cambiar de vestido y dar los últimos retoques a un día que había comenzado siendo una pesadilla para transformarse en el más feliz de su vida.

—Pareces otra novia —comentó Dina, mientras le podía la última flor en su cabello.

—Soy otra novia… —respondió ella.

—Hasta tienes otro rostro —añadió su otra hermana.

—Oh, eso es debido al amor, al amor, al amor… —se mofó Fiona.

Lengua Cortada ingresó al camarote luego de golpear. Le hizo una seña de que se veía hermosa y le avisó que el capitán ya la estaba esperando. Bella se acercó a Lengua Cortada y lo abrazó, agradeciéndole todo lo que había hecho por ella.

—No deberías hacer esperar al novio —interrumpió Fiona.

Dina le ajustó el lazo del vestido y le puso el collar de perlas, luego salieron del camarote.

En la cubierta principal, una pequeña multitud de amigos cercanos y familiares se reunió para la ceremonia. Alexander, vestido con un elegante traje naval, esperaba al pie del altar improvisado, su mirada fija en el horizonte. Lucía tan apuesto que el corazón se le paralizó. Todo había sido tan rápido que creía estar soñando. Lady Fiona y sus hermanas ocuparon sus puestos para cumplir su papel como dama de honor.

Cada paso que daba hacia Alexander se llenaba de amor. Ella se convertiría en la esposa del pirata más temible.

—¡Vaya, parece que nuestro capitán finalmente se amarró a un buen puerto! —bromeó Jack, uno de los piratas, cuando ella pasó por su lado.

—Espero que no haya fuga esta vez —añadió Ronan, guiñando un ojo a Alexander.

La ceremonia fue sencilla pero emotiva. El capitán del puerto, un viejo amigo de Alexander, ofició la boda. Las palabras de amor y compromiso llenaron el aire, mezclándose con el sonido suave de las olas golpeando el casco del barco.

—Lady Anabella Sinclair, ¿aceptas a Alexander Blackwood como tu esposo, prometiendo amarlo y cuidarlo en todas las circunstancias, en el mar y en la tierra? —preguntó el capitán.

—Sí, acepto —respondió Anabella, llena de emoción.

—Alexander Blackwood, ¿aceptas a lady Anabella Sinclair como tu esposa, prometiendo amarla y protegerla en todas las circunstancias, en el mar y en la tierra? —continuó el capitán.

—Sí, acepto —respondió Alexander, su mirada fija en Anabella.

Con un último intercambio de votos y anillos, el capitán los declaró marido y mujer. Alexander tomó a Anabella en sus brazos y la besó.

La tripulación y los invitados estallaron en aplausos y silbidos. Lady Fiona fue la primera en acercarse a Anabella y le dio un abrazo.

—Felicidades, Bella. Sabía que encontrarías la felicidad. Solo lamento que Lidia no esté aquí para verlo —dijo Fiona.

—Gracias, Fiona. No podría haber hecho nada de esto sin tu ayuda y la de Lidia —respondió Anabella, sonriendo.

—¡Ahora que estamos todos casados y felices, alguien debería asegurarse de que el pastel de bodas no se caiga por la borda! —gritó Pete, el cocinero del barco, provocando una carcajada general.

—¡Y que no se lo coma Ronan antes de que lo corten! —añadió Jack.

Ronan levantó las manos en un gesto de inocencia fingida.

—Oye, solo estaba probando la calidad. No queremos que nuestros recién casados se enfermen, ¿verdad?

Alexander y Anabella rieron junto con la tripulación.

—Gracias a todos por hacer esto posible —dijo Alexander, mirando a su tripulación con gratitud—. No podríamos haber pedido una mejor familia.

—¡Por Alexander y Anabella! —brindaron, levantando su copa.

Después de la ceremonia, mientras la celebración continuaba, Alexander llevó a Anabella a la proa del barco, alejándose un poco del bullicio para un momento de intimidad.

—Vamos a partir hacia la India como luna de miel —dijo Alexander, mirando el horizonte —. Un nuevo comienzo para nosotros.

Anabella sonrió, aunque una sombra de preocupación cruzó su rostro.

—Estoy feliz de estar contigo, Alexander, pero lamento que no hayas podido atrapar al baronet Terkebean.

Alexander la miró con ternura, tomando sus manos entre las suyas.

—Preferí rescatarte a ti, Bella. Eres mi prioridad. Además, confío en que el vizconde Devontrille lo atrapará. Él es implacable y no descansará hasta que Terkebean sea llevado ante la justicia.

Anabella asintió, sintiendo una oleada de alivio.

—Confío en ti, Alexander. Y confío en que todo saldrá bien.

Él alzó una ceja.

—¿Ah, sí?

Ella achicó los ojos.

—¿Qué cosa se trae entre mano, capitán? O debería llamarlo ¿Cresta Negra?

Su esposo la besó es los labios, la tomó de la mano y la llevó a su camarote. El camarote del capitán había sido decorado discretamente para la ocasión, con flores frescas y velas que creaban una atmósfera íntima y romántica. Ella abrió grande los ojos al descubrir que su esposo era un romántico en lo secreto.

—¿Tú has hecho esto, cariño? —preguntó sorprendida.

—Sé que no es mucho, y que probablemente no hayas tenido la boda de tus sueños. Pero prometo que haré todo lo posible para hacerte feliz los restos de tus días.

Bella ahuecó una mano en su mejilla y sonrió.

—Todo esto es mucho más de lo que podía haber soñado.

Ingresó al camarote, seguida de Alexander. Cerró la puerta detrás de él y, por un momento, ambos se quedaron en silencio, disfrutando de la tranquilidad después del bullicio de la boda.

—Bueno, lady Blackwood —dijo Alexander con una sonrisa traviesa, acercándose a ella —, parece que por fin estamos solos.

Anabella se giró para mirarlo, sus ojos llenos de amor y picardía.

—Y ahora, capitán Blackwood, ¿qué piensa hacer con esta soledad? —respondió ella, levantando una ceja en un gesto juguetón.

Alexander la tomó en sus brazos y la besó con ternura.

—Tengo algunas ideas en mente —murmuró contra sus labios.

Anabella rió suavemente y se dejó llevar por la pasión del momento. Mientras Alexander desabrochaba con cuidado los botones de su vestido, ella no pudo evitar hacer una broma.

—Espero que haya practicado con todos esos corsés que ha desatado a lo largo de los años —comentó—. Ahora le estoy hablando al temible Cresta Negra.

Alexander fingió estar ofendido.

—¡Me subestima, mi querida esposa! —dijo, sonriendo—. Aunque debo admitir que este es el único que realmente me importa.

Finalmente, el vestido cayó al suelo y Alexander la levantó en sus brazos, llevándola hasta la cama. La depositó con cuidado sobre las sábanas y se quitó la chaqueta, dejando al descubierto su torso fuerte y musculoso.

—No está mal para un pirata reformado —comentó Anabella, admirando su figura.

Alexander se inclinó sobre ella, sus labios apenas rozando los de ella.

—Y tú no estás mal para una dama que solía pelear como un pirata —dijo, riendo suavemente, a la vez que le mordisqueaba un lado del cuello.

La risa de Anabella se mezcló con la suya mientras se besaban de nuevo, esta vez con más pasión y deseo. Él la besó presionándola y hundiéndola contra el colchón. Las manos de Alexander recorrieron su cuerpo con urgencia. De pronto, el resto del mundo desapareció de su conciencia. Se oyó gemir cuando él friccionó su miembro erecto contra ella; sentía el calor de su cuerpo, su excitación.

—Te deseo… —susurró Bella.

Él parecía deleitarse en ese juego de acariciarla, besarla en la boca y en los pechos. Pero ella sentía que su interior estaba a punto de explotar. Le comenzó un temblor en lo profundo del vientre. Se arqueó, estremecida, y se apretó más a él. Alexander se apartó e incorporó para quitarse los pantalones.

—Voy a darte lo que deseas, cariño.

Él regresó a la cama y la cubrió con su cuerpo, la miró a los ojos al tiempo que se posicionaba entre sus muslos y embistió, penetrándola con cuidado, produciéndole un placer indescriptible. La besó en la boca, profundo, imitando con la lengua los movimientos de abajo, hundiéndola hasta el fondo, poseyéndola, retirándola con sensual autodominio. Cerró los ojos y se dejó llevar por el instinto, mientras todos sus músculos se derretían.

EPÍLOGO

LADY ANABELLA Blackwood, estaba de pie en la cubierta del Ave Nocturna, disfrutando de la suave brisa marina y la calma del atardecer. Su corazón se llenaba de paz mientras observaba las olas rompiendo suavemente contra el casco del barco. Mientras se encontraba absorta en la belleza del atardecer, uno de los piratas se acercó con una pila de correspondencia.

—Milady, ha llegado correo para usted —dijo, entregándole las cartas.

Anabella sonrió y agradeció al pirata, comenzando a revisar las cartas. Había varias de sus hermanas, llenas de noticias sobre la familia y la vida en Londres. Pero una carta en particular llamó su atención. Era de Escocia, enviada por el Conde Graham MacLeon.

Bella abrió la carta con curiosidad, sorprendida de recibir correspondencia del conde. Al leer la nota, su sorpresa se convirtió en confusión.

"Mi estimada lady Anabella,

Debo expresar mi descontento y confusión por el hecho de que me enviara a una persona que se hizo pasar por usted para cuidar de mi tutela. Debió haberme dicho la verdad desde el principio. Desearía que me aclare este asunto, o recibir dichas disculpas por el engaño.

Conde Graham MacLeon."

Anabella frunció el ceño, tratando de comprender. Al principio, había aceptado el puesto de institutriz para huir de su prometido, pero se había dado cuenta de que sería sencillo que la encontraran en Escocia. Entonces, le había pedido a su amiga lady Lidia que declinara el empleo en su nombre.

—¿Cómo es posible? —murmuró Anabella para sí misma—. No envié a nadie para que me suplantara.

De repente, una realización la golpeó. Lidia. Su amiga Lidia siempre había tenido un sentido del humor peculiar y una tendencia a meterse en problemas por ayudar a los demás. Recordó que su amiga Fiona le había mencionado que Lidia había ido a Escocia como institutriz. ¿Por qué diantres Lidia se había hecho pasar por ella?

Anabella rió suavemente, imaginando a Lidia arreglando todo esto sin decirle una palabra. Sabía que tendría que escribir al conde para aclarar el malentendido.

En ese momento, Alexander se unió a ella en la cubierta.

—¿Qué te hace sonreír, amor? —preguntó, rodeándola con un brazo.

Anabella le mostró la carta.

—Una sorpresa de nuestra amiga Lidia. Parece que ha hecho una de las suyas.

Alexander leyó la carta y rió.

—Parece que lady Lidia siempre sabe cómo mantener las cosas interesantes. ¿Qué vas a

hacer?

—Le escribiré al conde para aclarar todo. Y, por supuesto, a Lidia para agradecerle por haberme metido en problemas y pedirle una explicación —dijo Anabella, apoyándose en el pecho de Alexander.

Los dos se quedaron en silencio, disfrutando del momento y del atardecer juntos. Alexander besó suavemente la cabeza de Anabella y ella sintió paz.